3757

Der Huerfanas

Pine

-10

DOS HUÉRFANAS.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

¡No me siga usted!. . . . . Comedia en un acto.
El viejo Telémaco. . . . . Zarzuela en dos actos.
Sensitiva. . . . . Zarzuela en dos actos.
El violinista. . . . . Zarzuela en un acto.
Adios mi dinero!. . . . . Zarzuela en un acto.
La vida en un tris. . . . . Zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo. . . . . Comedia en un acto.
Descarga de artillería. . . . . Comedia en un acto.
Por huir del vecino... . . . . Juguete cómico en un acto.
Pirlimpimpin 1.°.. . . . . Zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
Lola.... . . . . Zarzuela en dos actos.
Se dan casos. . . . . Zarzuela en un acto.
Un nuevo Quintiliano. . . . . Comedia en un acto.
La copa de plata.. . . . . Zarzuela en dos actos.
Lo sé todo. . . . . Juguete cómico en dos actos.
Fausto. . . . . Parodia en dos actos (de la ópera).
La casa de locos... . . . . Zarzuela en un acto.
Dar en el blanco.. . . . . Comedia en tres actos.
Me es igual. . . . . Juguete cómico en un acto.
El forastero.. . . . . Juguete cómico en tres actos.
El fogon y el ministerio. . . . Juguete cómico en un acto.
¡Valiente amigo! . . . . . Juguete en dos actos.
La ley del mundo. . . . . Comedia en tres actos.
Las cerezas.. . . . . Juguete cómico en tres actos.
Compuesto y sin novia.. . . . . Zarzuela cómica en tres actos.
¡Arda Troya!. . . . . Juguete cómico en tres actos.
La dulce alianza. . . . . Juguete cómico en tres actos.
La gacetilla del año. . . . . Revista en un acto.
Los dominós blancos. . . . . Comedia en tres actos.
El año sin juicio. . . . . Revista.
Cambiar de colores. . . . . Comedia en un acto.
El doctor Ox. . . . . Zarzuela bufa en tres actos y seis cuadros.
Los Madriles. . . . . Zarzuela en dos actos.
Amapola. . . . . Zarzuela cómica en tres actos.
El Chiquitin de la casa. . . . . Comedia en tres actos.
El empresario de Valdemorillo. Zarzuela en dos actos. (Segunda parte de los Madriles.)
El diablo cojuelo.. . . . . Revista en tres actos.
Esto, lo otro y lo de más allá. Revista en un acto.
El dinero en la mano. . . . . Comedia en dos actos.
El caballo blanco. . . . . Juguete cómico en dos actos.
Historias y cuentos. . . . . Zarzuela en dos actos.
Dimes y diretes. . . . . Juguete cómico en un acto.
El pañuelo de yerbas . . . . . Zarzuela cómica en dos actos.
Ódieme usted, caballero!. . . . Juguete cómico en dos actos.
Dos huérfanas. . . . . Zarzuela en tres actos y siete cuadros

DOS HUÉRFANAS,

ZARZUELA MELODRAMÁTICA

EN TRES ACTOS Y SIETE CUADROS,

LIBRO DE

D. MARIANO PINA DOMINGUEZ,

MÚSICA DEL

MAESTRO CHAPÍ.

Representada por primera vez en Madrid en el Teatro de la ZARZUELA el 25 de Enero de 1880.

PROVEDURÍA DE MÚSICA DE MADRID

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1880.

PERSONAJES.		ACTORES.
ENRIQUETA.....	SRAS.	FRANCO DE SALAS.
LUISA.....		SOLER DI-FRANCO.
LA FROCHARD.....		BAEZA.
DIANA.....		CARRASCO.
RAUL.....	SRES.	DALMAU.
DOCTOR.....		FERRER.
PEDRO.....		TORMO.
EL CONDE DE LINIERS.....		BANQUELS.
EL MARQUÉS DE FRONSAC....		MORA.
JACOBO.....		POVEDANO.
GASTON.....		GONZALEZ.
UN AGENTE DE POLICIA.....		GARCÍA.

Oficiales, aldeanos y aldeanas, agente de policía, vendedores, mujeres del pueblo, gendarmes.

La accion es en París, año 1789; en Octubre el primer acto, y en Diciembre los restantes.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Aministracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

EL MOTIN DE LAS MUJERES.

El puente nuevo en París. Á lo lejos, la vista de la ciudad. Á la derecha, en último término, el despacho ú oficina de los coches de Normandía. Sobre la puerta una gran muestra saliente que dice: «COCHE DE NORMANDÍA.» En primer término, á la derecha, una casa de mala apariencia, con ventana practicable. Se entiende por derecha é izquierda la del espectador.

ESCENA PRIMERA.

ALDEANOS y ALDEANAS.

MUSICA.

CORO.

Por calles y plazas
el pueblo se agita,
y hambriento y furioso
intrépido grita.

673594

Qué diablos ocurre?
Por qué tal desman?
Quién predecir puede
lo que pasará?

—

El rey en Versalles
se alegra y divierte,
y aquí el triste pueblo
maldice su suerte.
¿Por qué se le humilla
con ímprobo afan?
Al fin sus cadenas
romper logrará.

—

Con prudencia y con cuidado
vivir debe el pueblo honrado
sin mezclarse en la cuestion.
Con cuidado y con prudencia
mostrar debe su paciencia
en tan crítica ocasion.

ESCENA II.

DICHOS, PEDRO, con una piedra de afilar al hombro. Es jorobado.

PEDRO. Afilador, afilador!
Los cuchillos que no corten
cortarán despues mejor.

CORO. Es Pedro el jorobado.
Eh! Pedro! ven acá.
Y cuenta lo que pasa
por la ciudad.

PEDRO. Yo con mi tienda al hombro
me ocupo en afilar
las armas que no cortan
de la ciudad.

CORO. Responde! Qué pasa?

Qué ocurre en París?

PEDRO. En cuatro palabras
lo voy á decir. (Deja en el suelo su aparato.)

1.°

Dicen que han dado un banquete
los guardias de Corps,
á todos los oficiales
de la guarnicion.
Y allí dicen que hubo bríndis
de tal calidad,
que por mucho, mucho tiempo
se comentarán.
Esgrimieron las espadas
con aclamacion,
dando vivas á la reina
mas no á la nacion.
Los clarines resonaron
con eco marcial,
y movieron una gresca
lo más infernal.
Esto se murmura,
mas yo estoy tranquilo.
Mientras ellos bailan
yo contento afilo.
Afilo puñales,
cuchillos mellados,
y afilo la lengua
de los diputados.

(Afila un puñal en la piedra.—El Coro imita el movimiento cuando canta el estribillo.)

TODOS. Chís! Chís! Chís!

2.°

PEDRO. Prometieron por el rey
morir ó vencer,
y cundiendo el entusiasmo
corrieron tras él.
El monarca conmovido

con ellos brindó,
y la reina presurosa
tambien acudió.
Cual divisa en los sombreros,
triste augurio al fin,
una negra escarapela
llevan puesta allí:
Y al mostrar tan triste enseña,
hollada se vió,
la otra enseña más gloriosa
de nuestra nacion.

—

Pero ¿qué me importan
chismografías tales?
Yo afilando vivo
dagas y puñales.
No entiendo los triunfos
de mis soberanos.
Yo afilo las armas
de los ciudadanos.

TODOS. Chis! Chis! Chis!...

HABLADO.

PEDRO. Como yo por mi fortuna
recorro calles y plazas
desde que el sol aparece
hasta que oculta su cara,
oigo, escucho, miro y veo,
y hoy escuché cosas tantas,
y ví tan extrañas cosas,
y miré cosas tan raras
que las cosas andan mal!
Y si la cosa se amaña,
van á resultar hoy cosas
de muchísima importancia.

UNO. Qué has escuchado?
PEDRO. Que el pan
se vende muy caro, y falta.
OTRO. Qué has visto?
PEDRO. Que el pueblo corre
sin saber por donde anda.
OTRO. Qué has oido?
PEDRO. Muchos vivas;
y cuando los vivas danzan
por la atmósfera, hay cachetes.
Sabeis quién los vivas daba?
(Todos se acercan y escuchan con gran curiosidad.)
Una turba de mujeres
hambrientas y desgreñadas
que ahora mismo en el mercado
se alistan con ciega saña
para ir al ayuntamiento.
Comprendeis?—¡Motin de faldas!
Ni un solo hombre va con ellas!
Pero con grande algazara
ostentan palos, fusiles
y asadores y tenazas.
Aquel que á su paso encuentran
no queda para contarla,
porque en París las mujeres,
cuando así pierden la calma,
tan fieras son y terribles
que no les asusta nada.
En fin, es una, una sola,
y cuando se irrita araña;
conque decidme qué hará
si se mira acompañada!
TODOS. Já, já, já!
PEDRO. Mucho cuidado
y metámonos en casa
á guardar el bulto..
UNO. Eso.

te toca á tí. (Señalándole la joroba.)

PEDRO. Hombre, qué gracia!

UNO. Lo digo...

PEDRO. Por mi joroba!
La indirecta ha sido clara.
Pues el nacer jorobado,
hijo, no es ninguna infamia.
Es llevar la suerte acuestas.
Por eso crece la espalda.
Si fuese vago... ó ladron!...
ó tuviera lepra, ó sarna!...
Pero ser jorobadillo...
¡Si esto da cierta elegancia! (Paseando cómicamente.)
¿Y las ventajas que tiene?

HOMBRE 1.° Ventajas?

PEDRO. Muchas ventajas!
Si el jorobado es pequeño,
sobresale entre las masas.
No hay prenda que no le siente,
ni puerta que le deshaga,
ni cama que le esté corta,
ni mujer que le esté baja.
Aunque con los años crece,
nunca se sube á la parra;
y aunque sea un sesenton,
como á un chico se le trata.
Si hay guerra, no va á la guerra;
si hay palos, su escudo gasta;
para viajar tiene alforjas,
y para dormir almohada.
Conque resulta que ser
jorobado, es una ganga.

TODOS. Já! já! já!

PEDRO. Lo dicho dicho.
La nube con paso avanza
amenazador. Marcharse,
no empiece á caer el agua.

(Retírase el Coro al fondo.)
Y tú vuelve á tu faena.
(Cogiendo el aparato.)
Trabaja, Pedro, trabaja,
que aunque imperfecto es tu cuerpo
se encierra en él toda un alma.
¡Que soy jorobado! Bueno!
Pues por eso tengo gracia.
(Váse por la derecha.)

ESCENA III.

CORO, LA FROCHARD.

FROCHARD. (Sale por la izquierda y pide limosna á unos y otros.)
Una limosna por Dios!
Tened piedad de una anciana
desvalida. (Á la otra puerta.)
Señor, por la Vírgen santa!
Una limosna, hermanito.
(Ninguno la mano alarga.)
Una limosna!

HOMBRE 1.° Id al diablo!

FROCHARD. (Con él al infierno vayas.)
(Váse por la derecha.)

ESCENA IV.

EL MARQUÉS, saliendo por el foro izquierda. Luégo GASTON. El CORO desaparece poco á poco por distintos lados.

MARQUES. Con tiempo logré llegar
y si es mi memoria cierta...
(Recorre con la vista la escena y se fija en la primera casa de la derecha.)
Allí! La primera puerta.
No hay duda! voy á llamar.
(Llamando en dicha casa.)

Gaston! Gaston!

GASTON. (Asomándose á la ventana.) Aquí estoy.
Qué se ofrece?

MARQUES. Hablarte quiero.

GASTON. Señor Marqués!

MARQUES. Que te espero!

GASTON. Un momento! Al punto voy. (Desaparece.)

MARQUES. De un redomado bribon
hoy la ayuda necesito.
Lo que ha de ser está escrito
y es fuerte mi decision.
El golpe ha de comentarse
y mi nombre sonará.

GASTON. (Saliendo.) Señor Marqués!

MARQUES. Ven acá.

GASTON. Tanta honra!

MARQUES. No hay que asombrarse.
Mi fortuna y mi poder
conoces mejor que yo,
y ninguno me sirvió
como lo has sabido hacer.

GASTON. Siendo la ocasion propicia,
más consecuente, ninguno.

MARQUES. Te conozco! Eres un tuno
completo.

GASTON. Me haceis justicia.

MARQUES. Pues yo que de libertino,
tengo fama, como sabes,
y que en asuntos muy graves
crucé impávido el camino,
vengo tu ayuda á buscar.

GASTON. Sí? Corriente.

MARQUES. Punto en boca.
Se trata de una bicoca.

GASTON. Entónces no hay más que hablar.
Dadme del enredo el hilo
y haré cuanto se os antoje.

No hay cosa que me sonroje.
¿Robo? ¿Pego? ¿Despabilo?

MARQUES. Se trata de una doncella!...

GASTON. Basta! Al buen entendedor...
Es de la córte?

MARQUES. Mejor.
Una provinciana bella.

GASTON. Vive en París?

MARQUES. Hoy vendrá.

GASTON. De dónde?

MARQUES. De Normandía.

GASTON. No ha llegado todavía
el coche.

MARQUES. En él llegará.
Escucha, pues el secreto
no importa que se publique.
Deja que el hecho te explique.

GASTON. Bien! Divulgarlo prometo.

MARQUES. La divina Providencia
un tio me deparó
que, segun me prometió,
ha de dejarme su herencia.
Una carta recibí
que á su lecho me llamaba,
y como mucho esperaba
treinta leguas recorrí.
Pero el cielo siempre justo
castigó mi ruin pecado!
El enfermo ha mejorado!

GASTON. Comprendo vuestro disgusto.

MARQUES. Por la posta, algo mohino,
hácia París me volvía
cuando un coche, que venía
siguiendo el mismo camino,
cierra un angosto sendero
y nos interrumpe el paso.
Yo grito, no me hacen caso.

En vano me desespero.
Aquel mayoral bergante
se burlaba de mi arrojo.
Entónces me dió el ántojo
de zurrar al muy tunante.

GASTON. Era cosa bien sencilla.

MARQUES. Con tal ánimo bajé;
pero estático quedé,
pues por una ventanilla
de aquel coche, se asomaba
una cara tan hermosa
que ántes de pegar fué cosa
de saber quien la llevaba.

GASTON. Hola!

MARQUES. Una niña hechicera,
inocente, casta, pura.
La más divina criatura
que el alma soñar pudiera.
Sentí tan grata emocion
y deseo tan vehemente
de hablarla, que fuí prudente
escoltando el carreton.
Llegamos á una parada
y bajó mi bien querido.

GASTON. Entónces vos...

MARQUES. Atrevido
y sin reparar en nada,
mis respetos la ofrecí.

GASTON. Y ella?

MARQUES. Tierna y candorosa,
mi oferta aceptó gustosa.

GASTON. Pobre paloma!

MARQUES. Y así
supe que á París venía
con su hermana: otra doncella
tan bonita como ella,
pero que enferma sufría.

Segun pude vislumbrar,
nunca han estado en la córte;
vienen solas y sin norte
que aquí las pueda guiar.
Entónces se me ocurrió,
para conseguir mi intento,
engañarlas con un cuento
que mi ingenio concibió.
Me fingí hostelero!

GASTON. Bah!

MARQUES. Y le ofrecí mi hostería
con toda la cortesía
de uno del oficio.

GASTON. Ya.

MARQUES. Mi esposa...—añadí despues—
es tan buena y cariñosa
que han de sentir por mi esposa
un tierno y dulce interés.
Al pronto, cierta extrañeza
brilló en su bello semblante,
pues mi porte y mi talante
desmintieron la simpleza.
Pero tuve buen cuidado
de añadir que el coche aquel,
y el magnífico oropel
de mi gente era alquilado.
Al punto sencilla y franca,
desterrando sus recelos,
agradeció mis desvelos
y estreché su mano blanca.
Entónces dí al postillon
órden de apretar el paso,
pues lo importante del caso
era andar sin dilacion.
A noche en París entraba,
y hoy mi dueño ha de llegar.
Por eso vengo á buscar

tu ayuda.

GASTON. Bueno! Esperaba
tal audacia.

MARQUES. Por mi nombre!
Audacia tal invencion!
Tan simple es que no hay razon
para que nadie se asombre.
Escucha: aquí aguardarás,
y un carruaje en esa esquina.
Cuando lleguen...

GASTON. Se adivina,
señor Marqués, lo demas.
Criado soy del hostelero.
Me presento muy cumplido.
Las cojo, entran en el nido...

MARQUES. Y te ganas tu dinero.
Mi casa, noble mansion
que la justicia respeta...

GASTON. Es el nido que completa
vuestra bizarra invencion.

MARQUES. ¡Con la orgía estoy soñando
aunque asistiremos pocos!
Los oficiales más locos
del regimiento que mando.

GASTON. ¡Bien!

MARQUES. Tan libertinos son
que nada les estremece.

(Gritos y ruido dentro, de las mujeres del motin.)

Eh? Qué es eso?

GASTON. Me parece
que cunde la agitacion.
En ira hierve París
y hoy el trueno ha de estallar.
Tienen mucho en que pensar
los esbirros del rey Luis.
Si la justicia no es lerda
¿qué ha de importarle, en su encono,

cuando se desploma un trono,
que una muchacha se pierda?

MARQUES. Entónces...

GASTON. Dentro de un rato
en esta plaza estaré.

MARQUES. Yo contigo me uniré.

GASTON. Señor Marqués... hecho el trato! (Váse el Marqués.)

ESCENA V.

GASTON, LA FROCHARD.

FROCH. Una limosna á esta pobre anciana!...

GASTON. Dejadme en paz. (Váse.)

FROCH. Los dias de revolucion nadie da un sus! ¿Cuándo acabarán de cortar la cabeza á los que mueven tales jaranas! (Gran ruido. Suenan toques de tambor.) Anda, anda! Y cómo chillan los condenados!...

ESCENA VI.

DICHA, PEDRO. Sale sin el aparato de afilar.

PEDRO. ¡Viva la patria! Viva Mirabeau! Abajo los pillos!

FROCH. Ah! Eres tú, gran bribon?

PEDRO. (Uf! La tia Frochard!)

FROCH. Qué haces, vagabundo? Dónde vas?

PEDRO. Vagabundo? Yo trabajo cuanto puedo.

FROCH. Eso es justamente lo que me irrita. Es endeblucho, enfermizo, jorobado! Le dota el cielo de cuanto le hace falta, y nada! En vez de servirse de todos esos bienes para mendigar, trabaja el muy zopenco! Cuando no tendría más que alargar la mano para capitalizarse!

PEDRO. Ya os he dicho que no puedo hacer eso.

FROCH. Por qué, infame, por qué?

PEDRO. Porque cuando abro así la mano y me dejan caer en ella una moneda, me pesa como si fuera un áscua, y sin comprender por qué, se cae mi brazo y se me aprieta la garganta, y acabo por echarme á llorar. ¡No puedo pedir limosna, vamos, no puedo!

FROCH. Y prefieres verme en la miseria, tunante? Si fuese sola! Pero te tengo á tí y á mi hijo! Á tí, á quien tuve la debilidad de recoger cuando apenas tenías tres años, murieron tus padres en la vecindad.

PEDRO. Ya sé que me recogísteis.

FROCH. (Gracias á tu joroba!)

PEDRO. Por eso os he respetado siempre como á una madre.

FROCH. Ademas tengo á mi hijo Jacobo á quien adoro.

PEDRO. Y por qué no trabaja? Por qué permite que le mantengais?

FROCH. Mira, no hables mal de Jacobo.

PEDRO. Pero...

FROCH. Es el retrato de su padre!

PEDRO. Sí, vago de oficio, ratero y aficionado al mosto. Es una alhaja.

FROCH. ¡Aquí lo tienes! Jacobo! Hijo mio!

ESCENA VII.

DICHOS, JACOBO.

JACOBO. ¡El mismo!

PEDRO. (Este dice que es lo más saneado de la familia.)

JACOBO. Tú! Contrahecho! Acércate!

PEDRO. Me llamo Pedro!

JACOBO. Silencio! Cuánto has ganado hoy?

PEDRO. Dos libras y cuatro sus.

JACOBO. Mientes!

PEDRO. (Eso sí! Está muy bien educado.) Puedes registrarme.

JACOBO. Venga.

PEDRO. (Todos los dias me cobra el barato. Y si no le obedezco me arrima una paliza.) (Le da el dinero.)

FROCH. Vaya una ganancia! Yo en cambio he recogido triple.

JACOBO. Venga tambien.

FROCH. Toma, hijo mio! Todo para tí. (Id.)

PEDRO. (Cabal! Para que se lo beba todo.)

JACOBO. Y ahora hasta la vista! Por ahí están batiendo el cobre

y Jacobo hace falta entre sus compañeros.

FROCH. Si entre el bullicio se pierde algo...

ACOBO. Soy yo tonto?

FROCH. Cada cual por su lado. Tú amaña por allí: tu madre aquí se queda.

JACOBO. Adios, madre. (Váse.)

FROCH. El cielo te bendiga! (Á Pedro.) Y tú márchate á trabajar.

PEDRO. Eso pensaba hacer.

FROCH. No sirves para nada.

PEDRO. (Si no me hubiese criado... Pero le debo la vida! Esto es lo que me ata.) (Váse.)

ESCENA VIII.

LA FROCHARD.

Cuando era pequeñito, me sirvió muy bien. Todos se compadecían de su desgracia y le daban su ofrenda. Una vieja sola no causa tanta lástima. Si yo pudiera pescar otro jorobado! Pero es muy difícil! Estas gangas no se presentan todos los días. (Váse.)

ESCENA IX.

GASTON.

GASTON. (Hablando cerca del bastidor.) No os movais de este sitio y estad preparados. Yo os daré la señal. (Se adelanta llegando en medio de la escena y mira hácia la derecha.) El coche acaba de llegar. Por dónde andará el Marqués?

ESCENA X.

DICHO, el MARQUÉS.

MARQ. (Por el primer término izquierda.) Está todo listo?

GASTON. Todo.

MARQ. Y tus hombres?

GASTON. Preparados por si la niña vacila. El coche ha llegado. Mirad. (Ambos se acercan un poco hácia la derecha.) Indicadme á la paloma.

MARQ. Aquella! (Señalando á una persona que se supone baja del coche.)

GASTON. Podeis marcharos.

MARQ. La has visto bien?

GASTON. La he visto.

MARQ. No olvides que aguardas de parte de Genaro. (Váse le Marqués.)

GASTON. (Hermosa es la muchacha.)

ESCENA XI.

ENRIQUETA, LUISA, luégo GASTON, saliendo por donde se supone ha llegado el coche.

ENRIQ. Ven, mi querida Luisa: aquí puedes sentarte mientras descargan nuestros equipajes. (La conduce de la mano á un banco que habrá en primer término, á la izquierda.)

GASTON. (No perdamos el tiempo.) (Acercándose con la gorra en la mano.) Dispensad, señoritas! Seriais acaso las jóvenes á quienes aguardo?

ENRIQ. Vos?

GASTON. Soy un mozo de la hostería del señor Genaro. Me dijo que aguardase á unas jóvenes á quienes ayer ofreció su casa en el camino.

ENRIQ. Ah, sí! Es cierto.

LUISA. No olvidó su promesa?

GASTON. Olvidarla? Eso hubiera sido echar la ganancia por el balcon, y en estos tiempos nadie es tan generoso. Dispuestas teneis las habitaciones, y la esposa del señor Genaro os aguarda con impaciencia.

ENRIQ. Aunque no conocemos á nadie, traíamos las señas de algunos hoteles modestos.

GASTON. Aquí hay de todos precios; para pobres y para ricos; y en fin, si no os acomoda podeis marcharos mañana á

otra parte.

LUISA. Dice bien. Poco perdemos en ello.

ENRIQ. Y habiendo dado mi palabra...

GASTON. Entónces, cuando gusteis. Allí está el carruaje.

ENRIQ. Aguardad! Tenemos un cofre y varios paquetes.

GASTON. Yo me encargo de todo. Venid al coche.

ENRIQ. No, no! Cargadlo ántes.

GASTON. Es igual. Voy por ello al despacho. No os molesteis. (Gritando.) Eh! Tú! El equipaje de estas señoritas! (Tengamos calma. No debo despertar sus sospechas.) (Entra en el despacho.)

ESCENA XII.

ENRIQUETA, LUISA.

ENRIQ. Oh! Qué hermoso es París!

LUISA. De veras?

ENRIQ. Pobre hermana mia! Si tú pudieses ver todas estas maravillas!

LUISA. Dónde estamos?

ENRIQ. En el Puente Nuevo.

LUISA. Tu padre nos lo ha descrito muchas veces. Vivió cerca de aquí ántes de retirarse á la aldea.

ENRIQ. Por aquel lado asoman las torres de Nuestra Señora.

LUISA. (Levantándose.) Ahí fué donde depositaron mi cuna. Donde fuí recogida por la caridad de aquel que hizo de mí su segunda hija. Sin su piadoso auxilio, hubiera muerto de hambre y de frio.—Ójala hubiera muerto!

ENRIQ. Qué dices?

LUISA. Porque de ese modo no hubiera venido á ser una pobre ciega; un objeto de tristeza y de dolor para todos aquellos que me rodean.

ENRIQ. Luisa! No hables así! Bien sabes cuánto mis padres te han amado. Tú fuiste su consuelo, su alegría, su dicha hasta el instante fatal...

LUISA. De quedar huérfanas! de quedar solas y abandonadas!

ENRIQ. No estamos solas! Ambas tenemos en nuestro pecho esos dos grandes compañeros del infortunio: la religion y el amor.

LUISA. Sí, sí! Tu voz me reanima y me tranquiliza. Debes ser muy hermosa, Enriqueta.

ENRIQ. Muy pronto me verás.

LUISA. Oh!

ENRIQ. Para qué hemos venido á París? Para qué hemos hecho solas este largo viaje sino para que vuelvan á recobrar tus ojos su luz y su alegría?

LUISA. Ha sido una locura!

ENRIQ. Mayor hubiera sido la de dejarte entregada á ese dolor que lentamente mina tu existencia. En aquella aldea, ¿cuándo te hubieras curado? Ademas, nuestros proyectos son más vastos. Con lo poco que nuestros padres nos dejaron al morir hace un año, y lo que hemos podido reunir vendiéndolo todo, tenemos recursos para vivir cierto tiempo. Yo trabajaré en algun almacen, y cuando los médicos te hayan puesto buena, tú me ayudarás, y entre las dos ganaremos una fortuna.

LUISA. Si esa esperanza se realiza!

ENRIQ. Oh! Dios ampara y protege á las pobres huérfanas.

MUSICA.

Nuestra madre desde el cielo
por nosotras velará,
y premiando nuestro anhelo
con su amor nos salvará.

LUISA. Si mi madre despiadada
al nacer me abandonó
en la tuya idolatrada
mi cariño se cifró.

LAS DOS. Soñar, esa es la vida,
la vida del amor,
y el alma cuando sueña

no siente su dolor.
Soñar es la esperanza
y en ella está el placer.
Tengamos confianza
en nuestra santa fé.

LUISA. Con tu cariño
mi fé despierta.

ENRIQUETA. Con tu cariño
feliz seré.

LUISA. Tú eres el ángel
que por mí vela.

ENRIQUETA. Así á mi madre
se lo juré.

LAS DOS. Soñar: esa es la vida, etc.

CORO DE MUJERES. (Dentro.)
Las escarapelas negras
es preciso exterminar.
Si en París la luce alguno,
al instante morirá.

ENRIQUETA. Silencio!

LUISA. Qué sucede?

ESCENA XIII.

DICHAS, GASTON.

GASTON. (Magnífica ocasion.)
¡Venid, venid corriendo!

ENRIQUETA. Qué pasa?

GASTON. ¡Vive Dios!
Que la ciudad entera
está en revolucion.

ENRIQUETA. Oh, cielos!

LUISA. Dios mio!

ENRIQUETA. Entremos allí. (Señalando el despacho.)

GASTON. Cerraron la puerta.
¡Se acercan! ¡Venid!

(En este momento multitud de mujeres hambrientas y desgre-

ñadas, invaden la escena. Todas llevan algun arma, y algunas ostentan palos y banderas. Este grupo, que debe ser numerosísimo, separa, al salir tumultuosamente, á Enriqueta y Gaston de Luisa, quedando esta sola á la derecha y aquellos á la izquierda.)

MUJERES. Que mueran colgados
los guardias de Corps.

ENRIQUETA. Hermana!

LUISA. ¡Enriqueta!

ENRIQUETA. Luisa, Luisa!... ¡Oh!

(Cae desmayada y Gaston y sus hombres se la llevan por el foro izquierda.)

MUJERES. ¡Abajo los traidores!
Despierte el pueblo ya!

(Luisa con los brazos extendidos desaparece por la derecha, segundo término.)

LUISA. ¡Hermana! ¡Hermana mia! (Váse.)

MUJERES. (Esgrimiendo las armas.)
¡Sin tregua hay que luchar!
¡No haya perdon!
¡No haya piedad!

(Vánse corriendo por la izquierda gritando todas: *¡Á Versalles!*

CUADRO SEGUNDO.

EL HALLAZGO DE LA FROCHARD.

Calle corta. Preludio en la orquesta.

ESCENA XIV.

LUISA; luégo PEDRO.

LUISA. (Saliendo por la derecha. Sigue la música hasta el final.) Dónde estoy? ¡Nada oigo! Enriqueta! Enriqueta! Contesta! Respóndeme! ¡Oh! Sola! Abandonada! Vírgen santa, amparadme!

PEDRO. (Por la izquierda.) En esta calle no se reparten palos.

LUISA. Oigo una voz.—¡Hermana mia!

PEDRO. Eh?

LUISA. Enriqueta.

PEDRO. ¿Enriqueta? Esa no soy yo.

LUISA. Caballero! No os marcheis! Aguardad.

PEDRO. Caballero? (Pero señor, ¿con quién habla esta chica?)

LUISA. Amparadme!

PEDRO. Calla! Qué apurada está!

LUISA. Por lo que más ameis en el mundo.

PEDRO. Qué os sucede? Hablad. (La niña es un ángel.)

ESCENA XV.

DICHOS, la FROCHARD.

FROCH. Qué veo? Tambien tienes citas amorosas?

PEDRO. Yo?

LUISA. Una mujer! (Volviéndose hácia ella.) Señora! venid! No me abandoneis.

FROCH. Qué significa?

LUISA. Tened lástima de mí.

FROCH. Pero qué os pasa?

LUISA. Mi hermana! Estaba á mi lado! De pronto, gritos espantosos llegaron á mis oidos! Luégo caí atropellada por unas turbas. Despues corrí, corrí sin direccion llamando á Enriqueta que no contesta.

FROCH. Todo eso quiere decir que os habeis perdido. En París es muy fácil.

PEDRO. No apurarse! Avisaremos á vuestro padre.

LUISA. Mi padre! No le tengo!

PEDRO. No?

LUISA. Somos huérfanas.

PEDRO. Pero tendreis amigos, conocidos!

LUISA. Hemos llegado hace un instante á París y á nadie conozco.

PEDRO. Pero ¿no teneis alguna persona á quien dirigiros?

LUISA. Sí! Aguardad! El señor Genaro! El dueño de la hostería donde íbamos á parar.

FROCH. Y quién conoce en París á un señor Genaro?

LUISA. Preguntaremos en la administracion del coche. Llevadme al Puente Nuevo.

PEDRO. Fué allí donde perdísteis á vuestra hermana?

LUISA. Lo supongo.

PEDRO. Pues qué? No vísteis por donde se marchó?

LUISA. Cómo había de verlo si soy ciega!

PEDRO y FROCH. Ciega!

PEDRO. (Infeliz!)

FROCH. (Hola, hola! Ciega, sin parientes, sin conocidos, y jóven y bonita.) Márchate á tu trabajo! Yo me ocuparé de ella.

LUISA. No me dejeis sola! Os lo suplico!

FROCH. Sola? Ni pensarlo! Yo misma os ayudaré en vuestras pesquisas.

LUISA. Vos?

FROCH. Y tanto!

LUISA. Y quién sois vos, señora, que os interesais así por los que sufren?

FROCH. Soy una honrada madre de familia.

PEDRO. (No son muy exactas las señas.)

FROCH. Yo misma, repito, os ayudaré y á mi lado permanecereis hasta encontrar á vuestra hermana.

LUISA. Dios os lo pague! La encontraremos, ¿no es verdad?

FROCH. Pues ya lo creo! Vamos al Puente Nuevo. Preguntaremos á todo el mundo. Ya es casi de noche y... os advierto que yo no habito ningun palacio.

LUISA. Para mí, señora, todas las casas son lo mismo.

FROCH. (Una ciega! Esto vale mucho más que un jorobado.) Venid, hija mia.

PEDRO á la FROCH. Pero ¿no vamos al Puente Nuevo?

FROCH. Y qué?

PEDRO. Que debemos ir por allá.

FROCH. Cállate y no te mezcles en esto. Vamos, andad sin miedo! (Creo que hice mi fortuna.)

PEDRO. (Pensará cometer alguna infamia? Si es eso, yo estoy aquí para impedirlo. Oh! no sé por qué, se me figura que ya no estoy tan solo en el mundo.) (Vánse, Luisa apoyada en el hombro de la Frochard, y Pedro detrás, por la izquierda.)

CUADRO TERCERO.

LA ORGÍA.

Salon elegante en casa del Marqués. Al fondo, gran cortinaje cerrado. En el centro de la escena una mesa elegantemente servida. El salon profusamente iluminado.

ESCENA XVI.

RAUL, el MARQUÉS y OFICIALES.

Los unos sentados cerca de la mesa. Otros en grupos por la escena.

MUSICA.

CORO.

Bebamos, bebamos,
el goce apuremos
y nadie se acuerde
del necio motin.
Tranquilos y alegres
con gusto brindemos,
y nadiè se apure
aunque arda París.
La comida fué excelente
y honra mucho al anfitrion:
su llegada solemniza
con bizarra distincion.
¡Esta es la vida!
¡Viva el placer!
¡Viva el escándalo!
¡Viva el Marqués!

RAUL. Mientras hierva en nuestras copas
este néctar sin igual,
olvidemos los pesares
que la patria sufrirá.
Y aunque ruja la tormenta
y amenace á la nacion,
si una dicha se presenta
ensanchad el corazon.

TODOS. Esta es la vida, etc.

RAUL. De la dicha pasajera
apuremos el sabor,
que la vida siempre es corta
y no hay vida sin dolor.
Si es la edad de los placeres
primavera celestial,
entre el vino y las mujeres
el pasarla es natural.

TODOS. Esta es la vida, etc.

RAUL. Marqués, segun á todos
dijiste poco há,
la reina de la fiesta
aquí se debe hallar.

CORO. Preséntanos al punto
tan mágica beldad.

MARQUES. Tened por Dios prudencia,
que es flor angelical,
y puede la paloma
temer al gavilan.

CORO. Que venga la paloma,
y en mares de Champagne
conmigo mil placeres
aquí disfrutará.

MARQUES. (Descorriendo las cortinas del fondo.)
¡Miradla!

(Vése á Enriqueta desmayada sobre un sofá en el elegante gabinete del fondo.)

RAUL. Es hechicera.

CORO. Divina, celestial.
MARQUES. Silencio: del desmayo
volviendo al fin está.

(Enriqueta se incorpora y mira á todos lados.)

ENRIQUETA. Qué me sucede?
¿Sueño ó deliro?
CORO. Dice que sueña.
ENRIQUETA. ¡Gran Dios! Qué miro? (Baja al proscenio.)
CORO. (Ofreciendo á Enriqueta las copas.)
Con este nectar—que brinda amor,
será tu sueño—más seductor.
ENRIQUETA. Qué escucho? No comprendo...
Y vos... (Mirando al Marqués.)
CORO. Es el Marqués
que amante y cariñoso
su amor te va á ofrecer.
ENRIQUETA. ¡Ah, miserable!
¡Luisa! Mi bien!
Me habeis vendido!
Piedad tened!
CORO. Qué dice?
ENRIQUETA. Yo á mi hermana
no puedo abandonar.
Dejadme! Hermana mia!
MARQUES. Prudencia!
ENRIQUETA. Infame! Atrás!
Un lazo me ha tendido!
Y al fin comprendo ya
que mi honra inmaculada
pretende aquí manchar.
CORO. Marqués, qué diablos dice?
MARQUES. Inútil es tu afan.
Tu amor es mi ventura.
Tu amor me otorgarás.
ENRIQUETA. Oh, no! Dios mio,
tened piedad!
Á vuestro honor acudo. (Á unos y otros.)

Su infamia castigad
si hay uno entre vosotros
intrépido y leal.

MARQUES. ¡Basta!

ENRIQUETA Ninguno
se conmovió.
No hay quién me ampare?

MARQUES. Ninguno.

RAUL. ¡Yo! (Adelantándose.)

CORO. Ah!

ENRIQUETA. Vírgen mia!

MARQUES. No partirás! (Se coloca junto á la puerta.)

RAUL. Ántes la vida
te he de arrancar.

(Tiran de las espadas y riñen cerca del foro.)

ENRIQUETA. Protege, oh cielos,
tanta bondad.

MARQUES. (Cayendo herido.) ¡Oh!

RAUL. (Á Enriqueta.) Vuestra ofensa
vengada está.

TODOS. (Avanzando al proscenio.)
Su pura inocencia
vengada se vió.
Por ella sin duda
el cielo veló.
Salid sin cuidado,
salid sin temor,
que aún hay quien valiente
defienda tu honor.

(Raul da la mano á Enriqueta y se marchan por la derecha. Los oficiales abren paso con respeto.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO CUARTO.

DIANA DE LINIERS.

Pequeño y elegante despacho en casa del conde de Liniers. Puertas laterales. Al foro, gran biblioteca.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE AGENTES DE POLICÍA.

Todos se hallan formados en hilera frente á la puerta de la izquierda.

MUSICA.

TODOS. Aguardando al nuevo jefe
que nombró Su Majestad
los agentes aquí estamos
de seguridad.
Compostura en los modales,
gravedad y distincion:
coloquémonos al cabo

de la situacion.

(Acercándose al proscenio, en fila.)

Somos agentes de policía
y vigilamos de noche y dia.
Nada á nosotros se nos escapa.
Todo se sabe, todo se atrapa.
Quién aquí nace, quien allí muere,
quien acá pega, quien acá hiere.
Dónde se come, dónde se cena;
quién aquí rie, quién allá pena.

(Acercándose más al proscenio y en voz más baja.)

Pero aunque todo lo descubrimos
y no hay ninguno que aquí nos tosa,
está probado que no servimos
para maldita de Dios la cosa.

(Dan media vuelta y suben hasta el foro volviendo á bajar para el segundo couplet.)

II.

Si hay una riña, nunca llegamos
hasta que muertos los encontramos.
Si de las suyas hace un ratero
no le pescamos nunca el dinero.
Si hay quien se escapa por asesino
equivocamos siempre el camino.
Si contra el trono cualquiera grita,
ántes que preso se desgañita.
Pues aunque todo lo descubrimos
y no hay ninguno que aquí nos tosa,
está probado que no servimos
para maldita de Dios la cosa.

ESCENA II.

DICHOS, EL CONDE.

CONDE. Señores.

TODOS. Señor Conde!... (Inclinándose.)

CONDE. Pocas palabras he de pronunciar al recibiros hoy por vez primera, despues de haber sido nombrado por el rey jefe de la policía de París. Los que, guiados por un espíritu inquieto, han promovido alteraciones en la tranquilidad pública, deben caer en poder vuestro para que no vuelvan á repetirse las escenas sangrientas del cinco y seis de Octubre, cuyas funestas consecuencias todos deploramos.

AG. 1.° No se repetirán!

CONDE. Es preciso poner término á los escándalos y asonadas que desde hace algun tiempo perturban la sociedad.

AGENTE. Se pondrá término!

CONDE. Y á propósito: entre los muchos escándalos que mi digno antecesor perseguía sin duda, hay uno que consta en sus papeles, y que tengo interés en averiguar.

AGENTE. Se averiguará!

CONDE. Hace mes y medio próximamente,—el seis de Octubre, señores—que una jóven recien llegada á París, fué ruinmente engañada y conducida á casa del marqués de Frousac por un agente ó criado suyo.

AGENTE. Yo fuí el primero que lo descubrió todo, monseñor.

CONDE. Qué descubristeis?

AGENTE. Lo que acabais de decir, monseñor. El hecho me fué denunciado por uno de los amigos del marqués de Frousac que aquella noche asistieron al banquete. Esa jóven llegó á París con una hermana ciega, á quien las turbas arrollaron en el Puente Nuevo, sin que hasta ahora nos haya sido posible encontrarla.

CONDE. Cómo? No habeis logrado averiguar su paradero?

AGENTE. Todavía no; pero se averiguará!

CONDE. Supongo que detendríais al Marqués?

AGENTE. El Marqués, monseñor, se encontró aquella noche atravesado de parte á parte en el mismo salon del banquete.

CONDE. Y á qué se atribuye su muerte?

AGENTE. No lo hemos averiguado del todo, pero se atribuye,

monseñor, á algo que debió causársela.

CONDE. Naturalmente.

AGENTE. Se averiguará!

CONDE. Y ¿qué fué de la jóven que condujo el Marqués á su casa?

AGENTE. Esa jóven encontró un protector en vuestro sobrino Raul de Vaudrí, que á la sazon se hallaba en casa del marqués.

CONDE. Y ¿dónde fueron despues mi sobrino y su protegida?

AGENTE. Eso es lo único que nos falta averiguar. Lo demas ya veis que lo sabemos perfectamente.

CONDE. Bien. Daré órdenes precisas sobre este asunto.

TODOS. Señor Conde!.., (Vánse.)

ESCENA III.

DICHO, DIANA, por la derecha.

DIANA. Me han dicho que deseabas hablarme.

CONDE. En efecto, deseaba hablarte, hermana mia, de nuestro sobrino Raul.

DIANA. Alguna nueva calaverada?

CONDE. No tal. Se trata de su matrimonio. Ya sabes que su majestad nos ha hecho la honra de proponernos á la señorita de Lambert, y quisiera que influyeses en el ánimo de tu sobrino para inclinarle á esta union.

DIANA. Union que quieres imponerle.

CONDE. El partido es soberbio y colma nuestras aspiraciones.

DIANA. Te has vuelto ya ambicioso?

CONDE. ¡Muy ambicioso! La vida activa que acabo de emprender será una nueva distraccion para tí. Para tí, á quien encuentro siempre triste y abatida. Ignoro la causa que produce esa mortal tristeza. Muchas veces te la he preguntado inútilmente.

DIANA. Ya te he dicho que es efecto de mi carácter.

CONDE. No, Diana. Tu carácter es alegre y espansivo. Tú ocul-

tas algun profundo sentimiento que no me quieres revelar.

DIANA. Por qué supones eso? Yo te amo con la ternura y el respeto de una hija. Desde que murió mi esposo, he hallado en tí cuanto podía ambicionar mi corazon.

CONDE. Pues bien! Alegra esos ojos! Destierra esa nube que vela tu frente, y sonríe para probarme que soy un visionario.

DIANA. Oh! Cuán bueno eres y cuánto te amo! (El Conde besa la mano á la Condesa.)

ESCENA IV.

DICHOS, el DOCTOR, por el foro.

DOCTOR. ¡Que aproveche, señor Conde!

CONDE. Calla! ¡Es el Doctor!

DOCTOR. El mismo! No he podido llegar más á tiempo.

MÚSICA

Aunque nada me importa
lo que en el mundo pasa,
me gusta que la dicha
impere en cada casa.
Y aquí sin ser un santo
se puede comprender,
que cuando besan tanto
felices deben ser.

1.°

Como tengo por oficio
el correr de ceca en meca,
me presento en todas partes
cuando ménos se me espera.
Ahora vengo de una casa
donde estuve á visitar

á un herido de espantosa
é infinita gravedad.
Recibí con urgencia el recado,
y despues al llegar resultó,
que el herido era un pobre casado
cuya esposa una tunda le dió.
Quise en paz ponerles,
era natural,
y salí arañado
sin necesidad.
Pues aunque maldito
lo que me importó,
en todo me encuentro
sin buscarlo yo.

2.°

Ayer noche en otra parte
hallé á un jóven atrevido
cortejando á la señora
que velaba á su marido.
Con prudencia le saludo
y se marcha en cuanto entré,
y en la silla que ocupaba
yo me siento muy cortés.
Mas de pronto se acerca el enfermo
que algo grave debió sospechar,
y tomándome á mí por el otro
una tunda me dió muy formal.
Yo le repetía
se fijase en mí,
y él más sacudía
en su frenesí.
Pues aunque maldito
lo que me importó,
en todo me encuentro
sin buscarlo yo!

ESCENA V.

DICHOS, RAUL, por el foro.

RAUL. Señores!...

DOCTOR. Hola, caballero Raul! Venid y estrechad esta mano.

RAUL. Con mucho placer! Señor Conde! Querida tia!...

CONDE. Diana y yo hablábamos de tí hace un momento.

DOCTOR. Si molesto...

CONDE. No, no! Podeis quedaros. Se trata de la dicha de Raul, y vuestra sincera amistad tal vez nos sirva para aconsejarle.

RAUL. De mi dicha?

CONDE. Ayer mismo me habló Su Majestad de este asunto y ya es fuerza decidirse.

RAUL. De qué asunto?

CONDE. De tu boda con la señorita de Lambert.

RAUL. Qué?

DOCTOR. (Demonio!)

RAUL. Perdonad! Esa jóven á quien ni siquiera conozco, podrá reunir encantos y ventajas que soy el primero en admirar. No es á ella á quien desprecio. Es el matrimonio lo que rehuso.

CONDE. Cómo?

RAUL. Que no quiero casarme.

DOCTOR. (El chico es más claro que el agua.)

RAUL. Quiero permanecer soltero y libre.

DOCTOR. Muy bien pensado!

CONDE. ¡Doctor!

DOCTOR. Digo, no! ¡muy mal pensado! ¡Á mí no me importa!... (Quién me mete á redentor.)

CONDE. Trataremos más tarde esta cuestion. Tened presente que soy el jefe de la familia; que su honor me está encomendado y que no sufriré que nadie lo atropelle ni menoscabe. Os dejo con vuestra tia y con vuestro antiguo amigo. Conozco el afecto y el respeto que le profe-

sais, y espero que sus consejos conseguirán más que han conseguido mis súplicas. Hasta luégo, Doctor. (Váse.)

ESCENA VI.

DIANA, RAUL, el DOCTOR.

DOCTOR. Muy bien, hijo mio! Te has portado como un valiente!

DIANA. ¡Doctor!

DOCTOR. Pero si á mí me da lo mismo! Pues bien egoista soy yo para meterme en cuestiones... Lo que yo le aconsejo es que no se case; sobre todo con esa señorita de Lambert, á quien conozco mucho y es bizca por más señas.

DIANA. No obstante, rechazar un partido tan ventajoso!... No comprendo su ceguedad.

DOCTOR. No la comprende! já, já! No la comprende!... Vamos, abre ese pecho! Cuéntaselo todo. Tu tia te adora y se pondrá de nuestra parte.

DIANA. Qué oigo? Ocultas algun secreto en tu corazon?

DOCTOR. Y gordo! Que haga lo que quiera. Á mí me es igual. ¡Cuéntaselo todo... anda!

RAUL. Yo sería un miserable si diese á otra mi mano.

DOCTOR. Á otra! Entendeis? Luego hay otra que no es esta otra, sino otra. Á mí me tiene sin cuidado, pero si la viérais una vez sola la amarías como nosotros.

RAUL. Á él le debe la vida! (Señalando al Doctor.)

DOCTOR. Yo la salvé, señora, aquella noche fatal en que, presa de espantoso delirio, luchaba con la muerte, porque en fin yo nunca me meto en nada, pero siempre me estoy metiendo en todo.

RAUL. Víctima de una odiosa intriga...

DOCTOR. Fué vilmente engañada á las puertas de París.

RAUL. Y conducida á casa de un hombre infame á quien maté aquella noche.

DOCTOR. Raul la salvó de la deshonra!

RAUL. Y este fiel amigo que me deparó el cielo la condujo á

un modesto y honrado asilo habitado por una familia virtuosa.

DOCTOR. Lo hice en contra de mi voluntad porque por nadie me molesto. Yo soy muy egoista.

RAUL. Por eso no puedo casarme con la mujer que el rey designa.

DOCTOR. Por eso no puedo aconsejarle que se case! Aunque á mí lo mismo me da! No me gusta meterme en nada.

DIANA. Pues bien. Yo que comprendo ahora tu nobleza y tu amor, rechazo con vosotros ese matrimonio!

DOCTOR. Qué te decía yo? Que tu tia se ablandaría. Las tias se ablandan siempre.

DIANA. Hablaré á mi hermano. Visitaré á esa pobre niña cuya historia empieza á interesarme, y velaré por tu dicha, mi amado Raul, con la ternura de una madre.

DOCTOR. Sois un ángel, Diana, un ángel, un ángel! Yo tambien, por mi parte, hablaré con esa señorita de Lambert para convencerla de que no es ventajosa su union contigo. Será difícil, porque las bizcas son muy testarudas; pero haré lo posible. Adios; firmeza! Mucha firmeza. (Pero ¿quién me mandará ocuparme de los demas? Qué me importan á mí estos asuntos? Vaya, voy á ver si puedo romper la boda.)

ESCENA VII.

DIANA, RAUL.

RAUL. Cómo podré pagaros vuestra ternura y el acendrado interés que os inspiro?

DIANA. Pero ¿obrarás cuerdamente rechazando un partido tan ventajoso? No olvides la obediencia que debes á mi hermano.

RAUL. En estos asuntos, señora, suele una obediencia ciega causar profundas amarguras. ¡Oh! Vos lo sabeis muy bien. Vos que habeis sido víctima de una voluntad inflexible.

DIANA. Cómo? Tú sabes!

RAUL. Mi madre, que os adoraba, me lo contó todo ántes de morir. ¿Para qué ocultároslo por más tiempo? Vos amábais á un hombre de clase humilde y modesta: vuestro padre, que cifraba, como el Conde, en sus blasones toda su ventura, se opuso á un enlace que secretamente íbais á celebrar; pero, ántes de realizarlo, fué aquel hombre víctima de un ignorado crímen, y su muerte le impidió devolveros la dicha borrando la falta de un amor ardiente y apasionado.

DIANA. ¡Sí, sí!

RAUL. Entónces lo confesásteis todo á vuestro orgulloso padre que consiguió borrar las huellas de aquel amor, apoderándose al nacer de vuestra hija, cuyo paradero no habeis logrado nunca descubrir.

DIANA. ¡Diera mi vida por hallarla!

RAUL. Y quereis que obedeza á vuestro hermano? ¡Nunca!

DIANA. Tampoco puedo yo abandonar tan noble causa.

RAUL. Le hablareis, no es verdad?

DIANA. Espera y confía. (Váse.)

ESCENA VIII.

RAUL, luégo el CONDE.

RAUL. Quién podrá escuchar indiferente los ruegos de su corazon?

CONDE. ¡Sobrino mio!

RAUL. Señor Conde!...

CONDE. Supongo que habrás meditado con prudencia la respuesta que debo llevar á Su Majestad.

RAUL. Ya os he dicho que mi resolucion es irrevocable.

CONDE. ¡Comprendo! Tus nuevos devaneos son la causa de esa constante negativa. Oh! No lo niegues! Pero estoy decidido á desviarte de la torcida senda que esa aventurera te ha obligado á seguir.

RAUL. Qué decís?

CONDE. Conozco la historia de cierto banquete donde te erigiste en famoso paladin de una advenediza... Repito que lo sé todo!

RAUL. Os suplico que trateis con mayor respeto á quien no conoceis.

CONDE. El rey no consentirá semejante desobediencia.

RAUL. Os juro que estoy dispuesto á todo!

CONDE. Y yo te juro que sabré cumplir la expresa voluntad de monarca.

ESCENA IX.

DICHOS, el DOCTOR.

DOCTOR. Victoria! Hemos derrotado á la bizca!

CONDE. Eh?

DOCTOR. (Uf! El Conde!)

CONDE. Qué decíais, señor Doctor?

DOCTOR. Nada! Decía... que... la... (Pero ¿por qué me meteré yo en estos líos?)

CONDE. (Mirándole mucho.) (Se interesará tambien por él?)

DOCTOR. (Mucho me mira!)

CONDE. Cuidado, Doctor! El doble juego suele á veces causar la ruina de los hombres.

DOCTOR. Yo juego siempre sencillo.

CONDE. Y ganais siempre?

DOCTOR. Segun! Cuando la suerte me protege...

CONDE. Pues cuenta con perderla... No os digo más. (Váse.)

ESCENA X.

RAUL, el DOCTOR.

DOCTOR. Perderla? Eso sería bueno si me importasen á mí los asuntos ajenos... Ah! He hablado con ella!

RAUL. Con quién?

DOCTOR. Con la de Lambert. Se lo he contado todo.

RAUL. Eh?

DOCTOR. Era la manera de acabar más pronto!

RAUL. ¡Decís bien!

DOCTOR. Tan ofendida se halla, que dudo mucho acepte la boda.

RAUL. Oh! Gracias! ¡No sé cómo pagaros!...

DOCTOR. Á mí? Qué tontería! Lo que deseo es no mezclarme más en este asunto. Oye: qué debo hacer ahora?

RAUL. Venid, quiero ver á Enriqueta.

DOCTOR. Andando.

RAUL. Si supiérais cómo la calumnian!...

DOCTOR. Calumniarla? Quién se ha atrevido?...

RAUL. El Conde.

DOCTOR. Eso sí que no lo tolero! Voy á pedirle una explicacion!

RAUL. (Deteniéndole.) Estais loco?

DOCTOR. No, no! Aunque soy apático y egoista, esto no lo dejo yo así.

RAUL. Prudencia! Venid ahora.

DOCTOR. ¡Las doce! (Mirando al reloj.) y mis enfermos me estarán esperando!...

RAUL. Es preciso que Enriqueta lo sepa todo. (Váse.)

DOCTOR. ¡Eh chico!... muchacho!... que apenas puedo andar!... Vaya pues, echaré á correr. (Váse corriendo.)

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO.

LA CIEGA.

La plaza de Nuestra Señora. Al fondo, la iglesia. Á un lado y á otro casas.

ESCENA XI.

CORO GENERAL, VENDEDORES y VENDEDORAS AMBULANTES. Otros agrupados cerca de la iglesia. Grupos de curiosos. Á la izquierda, en primer término, uno más numeroso escuchando á un charlatan que pregona diversos artículos, subido en un guarda-canton. Cuadro animado y pintoresco.

MUSICA.

CORO.
Acudid, acudid,
que hoy la fiesta de Nuestra Señora
celebra París.
Acudid y comprad,
que hoy es feria y por ínfimo precio
las cosas se dan.

VENDEDORAS.
Vendemos rosarios,
vendemos estampas
con la vera-efigie
de la Vírgen Santa;
libritos de iglesia
y el sabio sermon

que predicó el cura
de la Concepcion.

CHARLATAN. Con estas pastillas
ninguno ha tosido,
y aquel que las come
se queda dormido.
La opiata que ofrezco
conserva los dientes
y evita con ello
mil inconvenientes.
Y, en fin, estos polvos
de varios colores
quitan al minuto
todos los dolores.

CORO. Acudid, acudid
que hoy la fiesta de Nuestra Señora
celebra París.
Acudid y comprad,
que hoy es feria y por ínfimo precio
las cosas se dan.

ESCENA XII.

DICHOS, PEDRO, LA FROCHARD y LUISA.

Esta última miserablemente vestida. Anda despacio y en extremo fatigada, apoyándose en el hombro de Pedro.

HABLADO.

FROCH. Aquí hay mucha gente. Ya puedes cantar algo.

LUISA. Estoy tan cansada! No me he sentado en todo el dia.

FROCH. Luégo descansarás.

PEDRO Ya ha cantado bastante! Ahora me toca á mí.

FROCH. Es claro! En obsequio á la señorita!

PEDRO. Pero ¿no estais oyendo que no puede?

FROCH. Pues si no puede, que se marche!

LUISA. No, no! No os enfadeis! Yo cantaré.
PEDRO. He dicho que ahora me toca á mí.
FRÖCH. Bueno, pues despacha para que cante ella en seguida.

MUSICA.

PEDRO. Pan, pen, pin, pon!
oigan señores esta cancion.
(Estoy rabiando
como un maldito;
pero por ella
quiero cantar.)
Para este pobre
jorobadito
una limosna
por caridad.
CORO. (Acercándose y formando corro.)
Que cante la muchacha.
Que cante con primor.
PEDRO. Padece una bronquitis,
por eso canto yo.
Haced, señores, corro.
Silencio y atencion.
¡Pan, pen, pin, pon!
Son
cuatro generales de la situacion.
Cada vez que manda Pan
Pen conspira con buen fin,
y si vence con su plan
se le planta enfrente Pin.
Pin, que tiene corazon
y que al pueblo trata bien,
en seguida vence á Pon,
pero tiene enfrente á Pen.
Y es infernal
la agitacion,

y nunca cesa
el hondo afan·
si manda Pin
conspira Pon,
si manda Pen
conspira Pan.
Tralalá, tralalá, (Bailando grotescamente.)
y la nacion bailando está.
Tralalá, tralalá,
pronto tal vez no bailará.

CORO. Tralalá, tralalá,
y la nacion bailando está.
Tralalá, tralalá,
pronto tal vez no bailará.

II.

PEDRO. Paga el pueblo sin poder
más y más contribucion,
y no tiene que comer
y es muy grave la cuestion.
El dinero se nos va
y no vuelve por aquí,
y sin él nadie nos da
lo que me hace falta á mí.
Pronto en tan critica
ocasion
terminaremos
cada cual,
dando un soberbio
reventon
que es una muerte
liberal.
Tralalá, tralalá,
y la nacion bailando está,
Tralalá, tralalá,
pronto tal vez no bailará.

CORO. Tralalá, tralalá, etc.

(Váse el Coro poco á poco.)

HABLADO.

FROCHARD. Se marchan sin darme un sus!
El diablo cargue con ellos!
PEDRO. Siempre sucede lo mismo.
Mientras canto, oyen atentos,
y cuando llega la hora
de aflojar la mosca, vuelvo.
FROCHARD. Pues vámonos á otra parte.
LUISA. Sin descansar un momento?
FROCHARD. Para qué?
LUISA. Estoy fatigada!
FROCHARD. Fatigada?
PEDRO. Y lo comprendo.
Sí señor! Hace seis horas
que las calles recorremos
y echando vamos el alma
sin llevar lastre en el cuerpo.
FROCHARD. Tienes apetito?
PEDRO. Mucho.
FROCHARD. Pues márchate.
PEDRO. Pues no quiero!
FROCHARD. Ántes sin pedir limosna
te buscabas el sustento,
y ahora en mendigar te empeñas
con nosotras, y te tengo
que sufrir!
LUISA. ¡No le riñais!
FROCHARD. Calla tú!
LUISA. Callaré.
FROCHARD. Bueno.
Andando.
LUISA. No tengo fuerzas!
FROCHARD. Si de aquí no nos movemos
no encontrarás á tu hermana.
¿No es ese el único objeto

que nos guía hace dos meses?

LUISA. ¡Dos meses! siglos eternos
de ansiedad y de congoja
y de mortal sufrimiento!

FROCHARD. Te quejas?

PEDRO. Pues qué ¿quereis
que baile de gusto?

FROCHARD. ¡Necio!

PEDRO. Dice muy bien! Pobrecita.

FROCHARD. Acaso no la mantengo
y la acompaño y la visto
y la doy albergue y lecho?

LUISA. Vamos donde vos querais.
Ya reanimada me encuentro.
Pero buscad á mi hermana,
buscadla en nombre del cielo,
y ella os recompensará
vuestro sacrificio.

FROCHARD. Bueno.

LUISA. Sepa yo que mi Enriqueta
vive, sepa yo á lo ménos
que el dolor que me consume
no ha aniquilado su pecho.
Si yo viese! Si yo viese!
Si la luz que hay aquí dentro
mi camino iluminara,
la encontraría corriendo!

FROCHARD. Recuerda lo que te he dicho:
si descubres tu secreto
y sabe la policía
lo que buscas, sin remedio
te meten en el Hospicio
y allí se pudren tus huesos,
porque ¿quién va ahora á ocuparse
en asuntos tan pequeños?
Y, entónces, yo te abandono
para siempre, y si te encuentro

alguna vez, de mis garras
no te arrancará el infierno!

(Cogiéndola bruscamente de un brazo y amenazándola.)

LUISA. No, no. Prefiero cantar.
FROCHARD. Á mi lado, eh?
LUISA. ¡Qué remedio!
FROCHARD. Si dices una palabra
ó haces el más leve gesto
que tus afanes descubra...
LUISA. No, no! Callar os prometo!
FROCHARD. ¡Cuidadito!
LUISA. Callaré!
PEDRO. Ea! Basta de argumentos!
FROCHARD. Bien, pues no enjugues tus ojos.
Deja que corra por ellos
el llanto; de esa manera
interesas más.
LUISA. Sufriendo
como yo sufro, mis ojos
no deben nunca estar secos.
FROCHARD. Dame la mano.
LUISA. Á vos, no!
FROCHARD. Eh?
LUISA. Mi lazarillo es Pedro.
PEDRO. Y no cederé la plaza
aunque se hunda el universo.

(Apoya Luisa su mano sobre el hombro de Pedro.)

(Cuando su mano de nieve
me toca, no sé qué siento.)

ESCENA XIII.

DICHOS, el DOCTOR.

FROCHARD. (Al Doctor.) Una limosna, hermanito.
DOCTOR. Perdonad.
FROCHARD. Dadla á lo ménos
para esta ciega. (Música en la orquesta.)

DOCTOR. (Deteniéndose.) Una ciega?
(Siempre que á una ciega veo,
recuerdo á la pobre niña...)
(Acercándose á Luisa.)
FROCHARD. ¿Qué mirais, buen caballero?
DOCTOR. Miro... á la ciega.
FROCHARD. ¿Creeis
que ve? Mirad.
DOCTOR. No! No es eso!
(Cogiéndola una mano.)
Preciosa jóven!
FROCHARD. (Qué diablo
mirará tanto?)
DOCTOR. Hace tiempo
que no ve esta pobre niña?
LUISA. Mucho, señor.
DOCTOR. Yo soy médico
y me interesa...
LUISA. ¡Qué oigo?
¿No me engañais?
DOCTOR. No por cierto.
Dejad que examine bien...
LUISA. Sí, sí! Decidme si puedo
esperar algun alivio;
si de curarme aún es tiempo.
Y os pido... ¡por vuestra madre!
—¿quién por su madre no es bueno?—
¡por su santo nombre os pido
que os apiadeis de mi duelo!
PEDRO. Hay esperanza?
DOCTOR. (Imposible.)
Tal vez exista remedio.
LUISA. Dejad que la mano os bese;
sois caritativo y bueno
y no me abandonareis!
(Casi de rodillas, besa la mano al Doctor.)
FROCHARD. Bien! Basta de lloriqueos!

DOCTOR. (Fijándose en La Frochard.)
Yo conozco ese semblante.
FROCHARD. Eh?
DOCTOR. Yo os he visto háce tiempo.
FROCHARD. ¿Á mí?
DOCTOR. Dónde, dónde fué?
PEDRO. En el hospital?
FROCHARD. (Zopenco!)
DOCTOR. Justo! os llamais...
PEDRO. La Frochard!
FROCHARD. (Imbécil!)
DOCTOR. Ya lo recuerdo.
Pero esta jóven... quién es?
LUISA. Soy...
FROCHARD. La recogí... (Á Luisa.)—¡silencio!—
por caridad, hace un año.
No es verdad? (Á Pedro.)
PEDRO. (Dudando.) Sí! No lo niego!
(Capaz sería de ahogarla
como descubriese el hecho.)
DOCTOR. Por caridad? Y sus padres?
FROCHARD. Murieron, señor.
DOCTOR. Murieron?
Y no tiene más familia?
(Movimiento de Luisa, que permanece conmovida y anhelante, luchando por contenerse, y por descubrir su secreto.)
FROCHARD. Ninguna!
DOCTOR. (Á Luisa apretándole la mano.)
Es cierto?
FROCHARD. (Á Luisa.) ¡Dí!
LUISA. (Con voz apenas inteligible.) Es cierto!
DOCTOR. Ni una hermana?
LUISA. ¡Oh!
FROCHARD. (Á Luisa.) Calla! Nadie.
Ya os lo he dicho.
DOCTOR. (Su tormento...
su ansiedad!... Yo apostaría...

Pero á mí qué me va en ello?
¿Quién me manda incomodarme
por...—¡Magnífico proyecto!
Llevádmela á la consulta
mañana.

FROCHARD. No faltaremos.

DOCTOR. (Si fuese!... Pero ¿á mí qué?...
Tomad. (Dándole una moneda.)

FROCHARD. Que os bendiga el cielo.

DOCTOR. (Bah! Pues bonito soy yo!...
Y por poco me enternezco!...
Molestarme yo por nadie!...
Lo averiguaré y laus Deo.
(Váse. Cesa la música.)

ESCENA XIV.

DICHOS, ménos el DOCTOR.

LUISA. (Que no puede contener su creciente emocion, cae medio desvanecida.)
No puedo más!

PEDRO. Qué teneis?
Vamos, ánimo. (Levantándola.)

FROCHARD. No es nada!
Que ese médico del diablo
la asustó con sus patrañas.

LUISA. Y ¿por qué ocultais mi nombre?
Por qué decir que mi hermana
ha muerto?

FROCHARD. Así te conviene.

LUISA. Lo que haceis es una infamia.

FROCHARD. ¿Tan mal lo pasas conmigo?

LUISA. (Gritando.) Enriqueta! Oye! Te llama
tu Luisa

FROCHARD. (Cogiéndola de una mano.) Silencio!

LUISA. No!

No callaré aunque tus garras
me destrocen! ¡Enriqueta!

FROCHARD. Te ahogaré? (Va á pegarla.)

PEDRO. (Interponiéndose entre ambas y cogiendo á La Frochard.)
¡Qué habeis de ahogarla!

FROCHARD. Pedro!

PEDRO. Repito que no! (Haciéndola arrodillar.)

FROCHARD. Ah!

PEDRO. Decid cuanto os dé gana;
pero ¿pegarla? Primero
me dejo arrancar el alma.

FROCHARD. (Jacobo me vengará.)
(Se levanta, y Pedro vuelve á contenerla.)

PEDRO. Cuidadito con tocarla!

FROCHARD. (Los dos me la pagareis.)

PEDRO. (Pensó que me intimidaba...)
Pues con mi joroba y todo,
á bruto nadie me gana!)

ESCENA XV.

DICHOS, JACOBO.

JACOBO. ¡El demonio que os encuentre!

LUISA. Ah! (Retrocediendo asustada.)

PEDRO. No temais. (Colocándose á su lado.)

FROCHARD. ¿Nos buscabas?
Pues llegas á muy buen tiempo.

JACOBO. Qué habeis recogido?

FROCHARD. Varias
limosnas, y esta moneda.

JACOBO. De oro?

FROCHARD. De oro!

JACOBO. Será falsa!

FROCHARD. Cómo?

JACOBO. Todo puede ser.

FROCHARD. Mira, vamos á cambiarla.

JACOBO. Corriente! Á aquella taberna:
seca tengo la garganta.
FROCHARD. Andando! Aguardad allí,
junto á la iglesia; y si acaba
la funcion, canta una copla.
JACOBO. Vamos?
FROCHARD. (Á Jacobo.) Oye una palabra.
Esos dos me han insultado.
JACOBO. Mil rayos!
FROCHARD. La tal muchacha!...
JACOBO. Qué he de hacer?
FROCHARD. Vamos adentro,
y ahí hablaremos con calma. (Entran en la taberna.)

ESCENA XVI.

LUISA, PEDRO.

LUISA. Estamos solos?
PEDRO. Sí tal:
solos estamos los dos;
mas para el caso es igual
porque no permite Dios
que yo alivie vuestro mal.
LUISA. Tú eres el único sér
que quiere á la pobre ciega
y endulza su padecer.
Tú quien por su dicha ruega...
¿Qué más puedo apetecer?
No estando contigo, crecen
las sombras y en mi quebranto
más profundas me parecen:
te acercas, y por encanto
mis sombras se desvanecen.
PEDRO. Desde que perdida os ví
yo no sé lo que sentí
ni lo que por vos hoy siento:
me alegré mucho y sufrí...

y ahora estoy triste... y contento.
Por vos mi afan olvidé
y limosna por vos pido
sin que vergüenza me dé,
ni pienso en lo que seré
ni me importa lo que he sido.
Huérfano, pobre, olvidado,
la desgracia fué mi cuna,
la miseria mi pasado
y no tuve más fortuna
que el haberos encontrado.
Y desde el feliz momento
vos sois mi único tesoro,
porque... en fin, Luisa, no miento,
porque... vamos, os adoro!
(Si no lo digo, reviento!)

LUISA. Me amas? (Con alegría.)

PEDRO. Bien lo sabe Dios!
Crecí odiado desde niño,
de mi desventura en pos
me demostrasteis cariño
y me pasa lo que á vos.

LUISA Ven, Pedro! Dame tu mano.

PEDRO. Qué oigo? No la rechazais?

LUISA. Ocultarlo fuera en vano!

PEDRO. Tambien! Tambien vos me amais?
¡Válgame Dios soberano!
¿Á mí, tan pobre... y tan feo!

LUISA. ¿Qué importa si no te veo
y tu imágen me figuro
cual me la pinta el deseo!
¿Cómo eres?

PEDRO. (¡Cristo y qué apuro!)

LUISA. Eres alto?

PEDRO. Regular.

LUISA. ¿De qué color son tus ojos?

PEDRO. De un precioso verde mar.

LUISA. Á ver? (Va á tocarle por la espalda.)
PEDRO. No vale tocar!
LUISA. ¡Satisface mis antojos!
Como á poco de nacer
mis pupilas se cerraron
y nada he podido ver,
aquí en la mente forjaron
mis caprichos más de un sér.
Oye: cuando allá en la aldea
mi madre un beso me daba
que áun mi corazon recrea,
yo condensando mi idea
bella me la figuraba.
Y cuando la tuya ahora
ni conmigo nunca llora
ni me abraza como aquella,
quien cariño no atesora,
digo, no puede ser bella!
Serán torpes devaneos
mis conceptos caprichosos,
pero segun mis deseos
los buenos son los hermosos,
y los malos son los feos.
PEDRO. Pues hablando francamente
no es eso lo más corriente,
que bajo forma hechicera
se oculta cada serpiente
que da un disgusto á cualquiera
LUISA. Entónces, lo primoroso,
eso que la atencion roba,
¿en qué consiste?
PEDRO. (Es gracioso!)
Te diré: lo más hermoso
es un hombre con joroba!
(Conviene, por sí ó por no,
ir preparando el terreno.)
LUISA. De véras?

PEDRO. Pues! Como yo!
El cielo me la otorgó!...
LUISA. Claro está! Porque eres bueno!
PEDRO. Justo! por eso sería.
LUISA. Dios que sus dones reparte
con ella te agraciaría.
PEDRO. Dices muy bien! (Pues podría
colocarla en otra parte!)
(Empieza á salir gente de la iglesia.)
Ah! La misa terminó.
LUISA. Y si no me oye cantar...
PEDRO. Qué importa? Estoy aquí yo!
Quieres que cante?
LUISA. No, no!
Puede Enriqueta pasar.

ESCENA XVII.

DICHOS, LA FROCHARD y JACOBO.

FROCH. (Á la puerta de la taberna.) Date prisa. Por aquí andarán los agentes.
JACOBO. Conozco muy bien á la policía.
FROCH. Aquí te aguardo. (Váse por el foro. La Frochard queda en la plaza pidiendo limosna á unos y á otros.)

MÚSICA.

LUISA. ¡Oh madre querida
(Algunos curiosos se acercan á Luisa mientras canta. Pedro y La Frochard la señalan implorando la caridad.)
escucha mi anhelo
y vela afanosa
por mí desde el cielo.
Mi triste gemido
de acerbo dolor
calmar solo puede,

oh madre, tu amor.

ESCENA XVIII.

DICHOS, JACOBO y varios AGENTES DE POLICÍA.

JACOBO. (Al Agente, señalando á Pedro.) Aquel jorobado.
AG. 1.° No olvideis que le detengo bajo vuestra responsabilidad.
JACOBO. Ya lo sé. (Qué me importa?)
FROCH. En marcha! Vámonos á otro barrio.
AG. 1.° (Acercándose.) Un momento.
FROCH. (Ellos son.) Qué quereis, buen caballero?
AG. 1.° (Señalando á Pedro.) Prender á este hombre.
PEDRO. Á mí?
LUISA. Á Pedro?
PEDRO. ¡Á mí? ¡Por qué?
AGENTE 1.° Por ladron!
LUISA. Ah! (Acercándose todos al oir al Agente.)

MÚSICA.

PEDRO. Ladron!
LUISA. Imposible!
PEDRO. Dios justo!
AGENTE. Venid.
Este hombre os acusa. (Señalando á Jacobo.)
PEDRO. Jacobo?
LUISA. Ay de mí!
PEDRO. Es falso, es mentira!
AGENTE 1.° Luégo se verá.
PEDRO. (Á Luisa.) Luisa, no lo creas!
FROCHARD. (Á Pedro.) Cuenta con negar
ó en Luisa Jacobo
su honor vengará.
PEDRO. La infamia comprendo.

FROCHARD. (Cazado está ya.)

LUISA. Su clara inocencia
contemplo tranquila,
que en su alma el delito
no tiene cabida.

PEDRO. Si tú mi inocencia
contemplas tranquila,
no importa me acusen
con torpe falsía.

FROCHARD. Su clara inocencia
contempla tranquila,
más esta venganza
estorbos evita.

CORO. Tu clara inocencia
contempla tranquila,
más nunca se juega
con la policía.

AGENTE 1.° Andando!

(Cogen á Pedro. Mucha gente se opone á que se lo lleven.)

LUISA. Pedro, Pedro!
Contigo quiero ir!
Por Dios! No me abandones!

PEDRO. Yo velaré por tí.

(Corriendo hácia Luisa. Los Agentes vuelven á separarlos. Gran movimiento entre el pueblo.)

LUISA. Madre, si desde el cielo
miras mi cruel dolor,
dale valor á mi alma
y alcanza su perdon!

(El pueblo prorumpe en gritos contra los Agentes, que se llevan á Pedro por la izquierda. La Frochard, Luisa y Jacobo, se marchan por la derecha. En este final tiene mucho que hacer el Coro si ha de concluir con animacion.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO SEXTO.

LA REVELACION.

Sala amueblada modestamente.

ESCENA PRIMERA.

Preludio de orquesta á telon corrido.

ENRIQUETA.

MUSICA.

La luz de un nuevo dia
la tierra iluminó,
y la esperanza mia
lo mismo se perdió.

—

Alma del alma—niña inocente

que sin consuelo—perdida vas,
sufre con calma—tu hado inclemente
si ya en el cielo—por mí no estás.
Yo causé tu desventura,
tu desdicha yo causé,
y muriendo de amargura
pierdo dicha, amor y fé.

ESCENA II.

ENRIQUETA, RAUL.

HABLADO.

ENRIQUETA. ¡Al fin!
RAUL. Me aguardábais!
ENRIQUETA. ¡Oh!
Como aguardo cada dia!
Nadie la impaciencia mia
con tanta angustia sintió!
Sabeis algo?
RAUL. ¡Nada!
ENRIQUETA. ¡Nada!
RAUL. Nada he podido indagar.
ENRIQUETA. ¿Qué logro con esperar
si es mi esperanza burlada?
RAUL. ¡Valor!
ENRIQUETA. El cielo bendito
me le dió constante y fiero:
cuando de pena no muero
¿qué más valor necesito?
RAUL. Nadie á vuestra hermana vió;
nadie su rastro señala.
ENRIQUETA. Pobre niña! ¡Con qué mala
estrella en París entró!
RAUL. Mitigad vuestro quebranto

y no aumenteis mis enojos!
Vaya, secad esos ojos:
no quiero que lloren tanto.

ENRIQUETA. Cuán bueno sois para mí!

RAUL. ¡Bah!

ENRIQUETA. ¡Yo os debo honor y vida!
Por vuestra mano querida
vida y honra conseguí.
Aquella noche fatal
cuyo recuerdo me aterra,
os puso Dios en la tierra
para alivio de mi mal.
Por vos este hogar hallé
de una familia al abrigo,
y aquel cariñoso amigo
que mi providencia fué.

RAUL. El Doctor?

ENRIQUETA. Su santa calma
supo endulzar mi existencia.
Él fué el ángel de la ciencia
y vos el ángel del alma.

RAUL. Como me ha visto nacer
me quiere con ansia loca.

ENRIQUETA. Toda gratitud es poca
para vuestro proceder.

RAUL. Pues hoy que el peligro huyó
puedo sin temor hablar
y un secreto revelar
que mi labio no expresó.

ENRIQUETA. Cómo?

RAUL. Es mi sola alegría!
Es... mi honor os lo asegura,
la esperanza, la ventura
que acaricia el alma mia.

MUSICA.

Siempre halagado
por la fortuna,
viví dichoso
desde la cuna
acariciando tierna ilusion.
Nunca mi pecho
perdió la calma;
nunca una nube
turbó mi alma
ni latió amante
mi corazon.
Gozar de los placeres
mi sola dicha fué,
y á todas las mujeres
sin distincion amé.

ENRIQUETA. Yo en cambio desde niña
sufrí sin esperanza,
y nunca un dulce sueño
acarició mi alma.
Huérfana y pobre
luégo viví.
Y hasta el ángel que tuve á mi lado,
mi Luisa querida,
tambien le perdí.

RAUL. Al encontraros
en mi camino
mi vida errante
cambió el destino.
Y aquel amor profundo
que nunca aquí nació,
es hoy mi sólo sueño,
mi sola aspiracion.

ENRIQUETA. Me amais?

RAUL. Os adoro.
Vos sois mi esperanza.
ENRIQUETA. Me amais? Hace tiempo
tambien yo os amaba.
RAUL. Oh, cielos! Mi sueños
colmados se ven!
ENRIQUETA. Es toda la dicha
que yo ambicioné.

—

Y esa dicha que es mi dicha
no es posible realizar:
un abismo nos separa
imposible de salvar.
RAUL. No hay abismo que no venza
mi volcánica pasion,
y este lazo que nos une
no lo rompe sino Dios.

HABLADO.

RAUL. ¿Quién puede obligarme á renunciar á un amor que constituye mi única ventura?
ENRIQ. Vuestra posicion, mis deberes, todo se opone á ello.
RAUL. Mi posicion?
ENRIQ. Sois rico, noble, y debeis aspirar á un enlace que satisfaga vuestro orgullo y asegure vuestro porvenir.
RAUL. Oh! Vos conoceis mi corazon; debeis comprender lo que para mí significan esas aspiraciones. He dicho al Conde que disponga de mi vida; pero sólo yo tengo derecho á disponer de mi corazon. Y no es eso sólo. He confiado á mi buena tia el amor que me habeis inspirado, y esa mujer que me ama con la ternura de una madre, y que tambien es desgraciada, aprobó mi conducta y me prometió venir á veros.
ENRIQ. Venir aquí?
RAUL. Nada temais. Repito que me quiere con delirio, y estoy

seguro que al escucharos se interesará noblemente por nosotros. Pero... aguardad! Ella es!

ENRIQ. ¿Ella?

RAUL. Tranquilizaos. (Yendo al foro.) Venid, madre mia: Enriqueta os aguarda.

ESCENA III.

DICHOS, DIANA.

DIANA. Ya ves como cumplo mi palabra.

ENRIQ. Señora!...

DIANA. Dispensad, hija mia, que de este modo me presente aquí. Raul me contó vuestro infortunio y el acendrado cariño que os profesa. El que yo siento por Raul es tan grande y tan profundo que, áun á riesgo de parecer indiscreta, me atrevo á visitaros cifrándose mi única ambicion en labrar su ventura.

ENRIQ. Yo soy, señora, la que debe agradeceros doblemente vuestro cuidado.

RAUL. Ea! Pues, ya que la presentacion ha sido hecha, os dejo en libertad absoluta. Yo aguardo allí. (Ap. á Diana.) (Hablad con ella francamente. Estoy seguro de que la querreis como yo.) (Váse por la izquierda.)

ESCENA IV.

ENRIQUETA, DIANA.

DIANA. Ante todo os suplico que domineis vuestra turbacion. Consideradme como una buena amiga, y confiádmelo todo.

ENRIQ. Sí, sí! Yo acepto vuestra oferta! Yo imploro vuestra proteccion.

DIANA. Hablad.

ENRIQ. No es una limosna lo que quiero obtener: es un asilo para vivir oscura, resignada, lejos del mundo, lejos de este París odioso, lejos de él.

DIANA. Lejos de Raul?

ENRIQ. El título de esposa, que hace un momento me ofrecía, ahora debo decíroslo, señora, es para mí un sueño irrealizable! Yo le amo ¿á qué ocultarlo? Le amo, señora, como saben amar los desgraciados; pero, por lo mismo no quiero labrar su ruina, ni quiero robarle un porvenir brillante.

DIANA. Oh! Raul no se equivocaba: sois buena y generosa.

ENRIQ. Pero en cambio de un sacrificio mil veces más horrible que la muerte, me concedereis vos una gracia ¿no es verdad?

DIANA. Sí, sí. Pedid cuanto querais.

ENRIQ. Yo he dividido mi amor, mi ventura y mi corazon entre dos seres igualmente adorados. El uno, Raul; el otro, una pobre y desgraciada niña que han separado de mí cruelmente y que hace ya dos meses he perdido. Vos sois rica y poderosa, vos tendreis medios para encontrarla. Devolvedme esa niña, señora, y huiré de París para siempre. Pero que yo la vea, que yo la abrace, que yo sepa, en fin, que mi Luisa no ha muerto!

DIANA. ¿Luisa?

ENRIQ. Ese es su nombre.

DIANA. En efecto, Raul me habló de una pobre ciega perdida en las calles de París.

ENRIQ. Hace dos meses.

DIANA. Y esa infeliz es vuestra hermana?

ENRIQ. Aunque siempre le he dado tan dulce título, no es mi hermana, señora.

DIANA. Ah! Yo creía...

ENRIQ. Es mucho más! Ella ha sido nuestro consuelo, nuestro Dios! Sin ella quizá yo no existiría, sin ella mis padres hubieran muerto de dolor y de miseria.

DIANA. Pues ¿qué ha podido hacer por vosotros esa tierna criatura?

ENRIQ. Me preguntais lo que ha hecho? Voy á decíroslo. Yo entónces contaba seis años; pero, de tal modo se grabó aquello en mi memoria, que nunca lo olvidaré. Vos

sois la primera á quien lo confio, porque sois digna de escucharlo:

Luchando en contínuo anhelo
contra el destino inclemente
que aquí causó nuestro duelo,
otra hija... sér inocente,
otorgó á mi madre el cielo.
Aquella noche fatal
copiosa nieve caía
de mi puerta en el umbral
y era dentro todavía
la miseria más glacial.
Mi madre en su seno blanco
apretaba el tierno seno;
yo tiritaba en un banco;
mi padre, hombre rudo y franco,
lloraba de angustia lleno.
¿Qué hacer ni qué discurrir
si era imposible existir
en el estrecho desvan
y asomaba un porvenir
sin luz, ni abrigo ni pan?
¿Cómo á la recien nacida
dar calor y luz y vida
si á nosotros nos faltaba
y era esperanza perdida
la esperanza que llegaba!
Mi padre se decidió
y á mi madre se acercó
que moribunda yacía;
luégo ví que recogía
á la niña que nació.
Vacilante y sin conciencia
me hizo su boca besar
y él besó con insistencia!...
¡Eso fué en nuestra indigencia
lo que la pudimos dar!

Salió mi padre, y despues
supe el final de la historia
que escuchais con interés
y que aún brilla en mi memoria
de los años al través.
Con la niña que dormía
mi padre se dirigía
hácia una iglesia cercana
cubiertos él y mi hermana
de la nieve que caía.
Dejarla en aquel lugar
pensaba que nadie ignora
y oculto luégo acechar
si una mano hienhechora
se la quería llevar.
Ya en las gradas puso el pié
y en Dios su infinita fé,
cuando al subir tropezó
contra un objeto; tocó
y su asombro inmenso fué!
Envuelta en tupido manto
vió mi padre con espanto
á otra niña abandonada,
cuya inocente mirada
empañaba amargo llanto.
Á la vista de aquel sér
que allí consuelo imploraba
sintió su mejilla arder.
Oh! Cómo le horrorizaba
lo que pensó ántes hacer!
Triste suspiro doliente,
sus dulces labios rozó
y mi padre diligente
á la niña colocó
junto á mi hermana indigente.
Y sin saber lo que hacía
su doble fardo apretaba

y al desvan se dirigía...
¡y en vez de uno que llevaba
con dos ángeles volvía!
Cuando yo le ví llegar
algo noté en su semblante
que no pude adivinar,
pero estaba tan radiante
como abatido al marchar.
Rápido dejó á mi hermana
junto á mi madre querida,
y abrió la estrecha ventana
por donde un rayo de vida
lanzaba ya la mañana.
Allí á la niña acercó.
y al deshacer sus vestidos
un bolso al suelo cayó,
trastornando mis sentidos
el oro que se escapó.
Dentro una cruz, y un papel
mi padre sacó ligero,
Luisa estaba escrito en él,
Amadla!

DIANA. Dios de Israel!

ENRIQUETA. Y en la cruz, *seis de Febrero*.
Mas la luz del nuevo dia
nuestro techo iluminaba,
y mi padre me decía:
¡Reza conmigo, hija mia,
que ya la noche se acaba!
¡Y la noche se acabó,
y cuando la luz creció
sonreía en el desvan
el ángel que nos salvó
dando luz, abrigo y pan!

DIANA. Mi hija! Mi Luisa! Oh! Dios ha escuchado mi plegaria!

ENRIQ. Qué decís?

DIANA. Ya lo sabrás todo! Pero deja que te abrace! Deja que

exprese mi corazon su amor y su gratitud.

ENRIQ. Luisa vuestra hija?

DIANA. No condenes á la madre ántes que la mujer se haya vindicado á tus ojos.

ENRIQ. Condenaros? No, no! Ignoro las causas que pueden haberos obligado á separaros de vuestra hija; pero el título que acabais de ostentar merece todo mi cariño y despierta en mi alma su dicha perdida. Ahora es preciso buscarla con ese afan que sólo una madre siente por su hijo!... Veis, señora? ¡Mi llanto es de alegría, porque estoy segura que ahora... ahora la encontraremos!... (Llamando.) Raul! Raul!

ESCENA V.

DICHAS, RAUL,

RAUL. Qué sucede?

ENRIQ. Ven acá! La esperanza nos sonríe.

DIANA. He encontrado á mi hija!

RAUL. Será cierto?

ENRIQ. Sí! Es Luisa, es mi hermana! (Á Diana.) Permitidme que todavía la llame así! La quiero tanto... tanto como debeis quererla vos!

ESCENA VI.

DICHOS, el DOCTOR.

DOCTOR. Estoy sudando como un pollo! Y eso que estamos en Diciembre! ¡Pero calla! (Viendo á Diana.) Vos aquí? Ah, vamos! Habeis venido á conocer á vuestra futura sobrina.

ENRIQ. Doctor!

DOCTOR. Me alegro! Así sabreis la noticia.

RAUL. Qué noticia?

DOCTOR. La que os traigo de palacio... Pues qué! Te figuras que iba á estarme con los brazos cruzados?

RAUL. Pero...

DOCTOR. El rey ha devuelto á tu tio su palabra y te deja en libertad para que te cases con Enriqueta.

ENRIQ. ¡Cielos!

RAUL. Es posible?

DOCTOR. Y tan posible! Yo hablé con Su Majestad, y pude convencerle.

RAUL. Vos?

DOCTOR. Pero no creas que lo hice en interés tuyo. Fué por dejar al Conde con un palmo de narices.

RAUL. Qué felicidad!

DOCTOR. (Cómo se alegran los sobrinos cuando uno se la pega á los tios!) Ah! Tambien traigo otra noticia que os interesa mucho. Me parece que he visto á vuestra hermana.

TODOS. Eh?

DOCTOR. Es decir, yo no sé si era ella, pero por las trazas...

ENRIQ. Dónde la vísteis? Cómo? De qué modo?

DOCTOR. Dónde? En Nuestra Señora. Pedía limosna acompañada de una arpía.

ENRIQ. Dios santo!

DOCTOR. Y la infeliz apenas podía sostenerse. ¡Cuánto ha debido sufrir!

ENRIQ. Pero la seguísteis? Sabeis su paradero?

DOCTOR. Soy yo tonto? Era preciso no infundir sospechas. En cuanto me separé de ellas...

RAUL. Comprendo! Avisásteis á la policía?

DOCTOR. Era la manera de no volverla á encontrar nunca.

ENRIQ. Entónces...

DOCTOR. Obré por cuenta propia, y tengo un plan soberbio. Venid conmigo. (Á Enriqueta.) Ya sé donde vive y es necesario que vos sola visiteis su morada.

RAUL. Sola?

DOCTOR. De otro modo no respondo de nada. Conozco mucho á la dueña de la casa y es preciso inspirarle absoluta confianza.

ENRIQ. Vamos.

DOCTOR. Nosotros aguardaremos más lejos. Repito que todo lo tengo pensado.

DIANA. No hay que perder tiempo.

ENRIQ. Sí, sí! Corramos!

RAUL. ¡Corramos! (Vánse.)

DOCTOR. Siempre están echando á correr, y á mí se me doblan las piernas! Pero me está muy bien empleado. La culpa la tengo yo por meterme donde no me llaman. (Vase por el foro.)

CUADRO SÉTIMO.

LA BOHARDILLA DE LA FROCHARD.

Una bohardilla miserable. Al fondo, en un rincon, un tosco grabado pegado á la pared y oculto en parte por un pañuelo tendido sobre una cuerda. Puerta de entrada á la derecha, primer término. Á la izquierda, en el fondo, una escalera que conduce á un corredor. Á la derecha de este corredor una puerta. Mesa en la escena con un viejo tapete. Un sillon tambien muy usado. La piedra de afilar de Pedro en un rincon.

ESCENA VII.

LUISA, LA FROCHARD.

Luisa tendida en una manta, á la izquierda, cerca del foro. La Frochard sentada en el sillon y colocando en un largo bolso el dinero que está sobre la mesa.

FROCH. El dia no ha sido malo, una moneda de diez francos y y media docena de sueldos. No se quejará Jacobo. Tú,

¿dónde andas? ¡Eh! Ya se ha tendido en la manta! Pues, hija, si al llegar á casa hiciéramos todos lo mismo, buena andaría la limpieza! Ya sabes que me gusta tenerlo todo como una tacita de plata. No respondes? (Se acerca á Luisa.) No lo dije? Chiquita, despierta y ven á ayudarme. Sólo las marquesas se tienden á la larga cuando vuelven en carroza y entran en su palacio.

LUISA. Tengo fiebre.

FROCH. Y qué es eso? Ah, vamos! Será dar tiritones como tú haces. Yo te aseguro que en cuanto empieces á trabajar se te quita el frio.

LUISA. Trabajar? ¡Oh! ¡No puedo!

FROCH. (La verdad es que se estremece de un modo horrible. ¡Demonio, si estuviese enferma de véras!... Esto sería muy perjudicial para mí.) Aguarda. Voy á darte algo.

LUISA. Siento mucha sed.

FROCH. Pues mira, contra la sed aguardiente. Por aquí debe haber restos.

LUISA. No, no. Dadme agua. Os lo suplico.

FROCH. Pocas veces tomo esa medicina. Pero, en fin, no quiero que me llames ingrata. Te daré agua... y con azúcar. Eso ablanda el pecho. (Lo hace.) Pero yo preferiría lo otro. Es más sano, y para el frio lo único. Toma. Bebe cuanto quieras, que yo con los enfermos no soy miserable.

LUISA. Gracias, señora.

FROCH. (La frente le echa lumbre.) Por hoy te dejaré dormir cuanto gustes. Ya ves cómo tambien te quiero, picarilla, y cómo te mimo y te regalo. Si mañana continúas con ese frio y esa modorra, llamaremos al zapatero que vive enfren te, el cual entiende de pulsos y da unas medicinas que curan solas. Es un sabio ese hombre, y lo mismo pone medias suelas que una cataplasma cuando viene al caso. En fin, haré lo que haría una madre por un hijo... lo que yo haría por Jacobo si enfermase.

LUISA. Jacobo! (Levantándose bruscamente.) ¿Está aquí? Ha vuelto otra vez?

FROCH. Canario! qué te sucede, hijita?

LUISA. Habeis dicho que está aquí Jacobo?

FROCH. Y aunque estuviera no era cosa de temblar tanto ni de levantarse de ese modo. Está almorzando ahí enfrente, en la taberna. ¿No te ama tanto como el otro?

LUISA. ¡Pobre Pedro!

FROCH. Ah! Te acuerdas de Pedro? Por fortuna no vendrá. Es difícil salir de la cárcel.

LUISA. De la cárcel? Y por qué le han preso? ¿Qué crímen ha cometido?

FROCH. Le han preso por ladron, chiquita, ya lo sabes.

LUISA. ¡Mentís! No es Pedro el que ha robado; quien roba es Jacobo, ese es el malo!

FROCH. ¿Robar Jacobo? Ni aun tiempo tiene! Si está todo el dia en la taberna.

LUISA. Cuánto sufrirá lejos de mí! Y cuánto sufro yo sin sus tiernos cuidados!

FROCH. Ea, basta de conversacion. Márchate al desvan. Allí hace ménos frio. Acuéstate y descansa. Mira como te tratan tus verdugos. Para que luégo te quejes y maldigas tu suerte! ¡Ingrata! (Luisa sube lentamente, y despues de atravesar el corredor, desaparece por la puerta de la izquierda. Llaman á la puerta de entrada de la bohardilla.) Eh? ¿Quién puede ser á estas horas? (Llaman de nuevo.) Siempre que llaman corre frio por mis venas. (Decidiéndose rápidamente se dirige á la puerta y la entreabre.) Quién es?

ENRIQ. La señora Frochard?

FROCH. Para qué la buscais?

ENRIQ. Es absolutamente preciso que yo hable con ella.

FROCH. Venís sola?

ENRIQ. Ya lo veis.

FROCH. (Avanzando la cabeza para observarlo.) Bueno. Entrad. (Sale Enriqueta. La Frochard vuelve á mirar para asegurarse que no hay nadie; despues cierra la puerta.)

ESCENA VIII.

LA FROCHARD, ENRIQUETA.

ENRIQ. (Mirando alrededor.) Qué miseria tan sombría! (¡Y aquí vive mi pobre hermana!) (Vuélvese hácia La Frochard.) ¡Ah!

FROCH. ¡Vaya, hablad! Qué teneis que decirme? Yo soy la señora á quien buscais.

ENRIQ. (¡La emocion me ahoga!)

FROCH. Por qué mirais así los rincones? Parece que buscais alguna cosa.

ENRIQ. Efectivamente. Busco... la persona que vive aquí con vos.

FROCH. Qué persona?

ENRIQ. Una jóven.

FROCH. (Demonio! ¿si será la hermana?) Una jóven? Aquí no vive nadie.

ENRIQ. Qué decís?

FROCH. Digo que no conozco á ninguna jóven.

ENRIQ. Pues, sin embargo, me han dado las señas de esta casa. Es la misma. Cerca del rio, aislada, en medio de un campo... Estoy segura.

FROCH. Pues de esas señas hay muchas por aquí.

ENRIQ. Cómo? Me habré engañado?

FROCH. Necesariamente. Buscad más lejos.

ENRIQ. Pero... no sois vos La Frochard?

FROCH. Y qué?

ENRIQ. No pedís limosna acompañada de una jóven ciega que canta por las calles?

FROCH. Yo? Pedir limosna? Yo tengo dos hijos que trabajan. El uno es afilador... Mirad, mirad la herramienta! El otro está ahí enfrente. (¡Oh, si él viniera!)

ENRIQ. (Y el Doctor me lo aseguró de un modo...) (Dando un grito.) ¡Ah!

FROCH. Qué os sucede?

ENRIQ. (Cogiendo el pañuelo de Luisa que está sobre la cuerda.) ¡Este pañuelo! ¡Es suyo! ¡Es de Luisa!

FROCH. ¡Falso!

ENRIQ. Negais? Mirad! Mirad su marca! Yo misma la he bordado!

FROCH. (Ah qué idea!) Pues bien, sí! Es cierto. Pero como os he visto tan turbada, tan conmovida, francamente, no he tenido valor de deciros la verdad!

ENRIQ. La verdad? Hablad pronto. Decídmelo todo.

FROCH. Pues... la pobre niña estaba perdida en la calle hace dos meses. El dia precisamente del último motin popular.

ENRIQ. Sí, sí, lo sé; continuad.

FROCH. Yo me la traje á casa. Esperábamos encontrar á su hermana... Á vos sin duda?

ENRIQ. Sí, seguid.

FROCH. (No me engañé, era ella.) Pues... como yo no podía mantenerla á mi costa, mientras os buscábamos por ahí, la chiquita cantaba...

ENRIQ. Y despues?

FROCH. Despues?... ¡Ah! ¡Pobrecita mia! Mucho más que el cansancio la minaba la tristeza. Sus ojos no se secaban nunca. Todos mis consuelos fueron inútiles. Despues no quiso comer ni migaja, y desde ayer... ya no cantará más.

ENRIQ ¡Muerta! Será verdad? Mi hermana? Luisa? ¡Ah! (Cae desmayada sobre La Frochard: esta la coloca dulcemente en el suelo.)

FROCH. Desmayada. Qué hacer? Va á denunciarnos. Se llevarán á la otra. ¡Oh, si Jacobo estuviese aquí! Es preciso impedir que la vea, á toda costa; (Examinando á Enriqueta.) ¡su desmayo es profundo! Voy por Jacobo! Tres minutos me bastan. Corramos! (Váse corriendo, sin olvidarse de cerrar la puerta. Música en la orquesta. Á poco de salir La Frochard, la puerta del desvan se abre dulcemente y aparece Luisa. Escucha un momento en el corredor. Luego baja muy despacio y se detiene en medio de la escena.)

ESCENA IX.

LUISA, ENRIQUETA.

LUISA. (Vuelve á escuchar.) ¿No hay nadie? (Preguntando en alta voz.) Si pudiese huir de aquí? (Se dirige á la puerta pasando cerca de Enriqueta, pero sin tocarla.) ¡Cerrada! Pero Pedro me dijo un dia que, cerca de la escalera, había escondida en un hueco otra llave... No hay que perder esta ocasion. (Va á la escalera, busca y saca la llave.) ¡Oh! aquí está! La Vírgen me ampara. (Va hácia la puerta otra vez, tropieza con Enriqueta, y queda inmóvil; luégo se baja y la toca.) ¡Una mujer! (Encuentra la mano de Enriqueta.) ¡Su mano está helada!... ¡Jesús! Habrán cometido un crímen? (Pone la mano sobre el pecho de Enriqueta.) ¡No está muerta. Su corazon late todavía. (Llamando.) Señora, señora! Volved en vos! No me oye! ¿Qué puedo hacer por ella, si me falta la luz?

ESCENA X.

DICHOS, LA FROCHARD, JACOBO.

FROCH. (¡Juntas!

JACOBO. Preciso es separarlas.)

FROCH. Qué haces ahí?

LUISA. ¡Ah! (Levantándose asustada.)

JACOBO. ¡Pronto! Márchate arriba? (Cogiéndola brutalmente le un brazo y conduciéndola hasta la escalera.)

LUISA. ¡No me toqueis!

JACOBO. ¡Pronto, repito! (La empuja.)

LUISA. (Dando un grito.) ¡Me haceis daño! (Empieza á subir.)

FROCH. ¡Anda de prisa y obedece! (Empujándola tambien. Enriqueta, durante este diálogo, y mientras Jacobo y La Frochard están en la escalera, se ha incorporado y ve á Luisa.)

ENRIQ. ¡Ella!

JACOBO. (Yendo hácia Enriqueta.) ¡Mil rayos!

ENRIQ. Luisa, Luisa! ¡Soy yo! ¡tu hermana!

FROCH. ¡Que no grite! (Sujetando á Luisa.)

LUISA. ¡Mi hermana! ¡Enriqueta! (Quiere acercarse á ella; La Frochard la sujeta.)

JACOBO. Silencio!

LUISA. (Á La Frochard.) ¡Dejadme!

FROCH. Que va nuestra vida, Jacobo!

JACOBO. Ántes la suya. (Saca un puñal y va á herirla.)

ESCENA XI.

DICHOS, PEDRO y dos GENDARMES; detrás el DOCTOR, RAUL y DIANA.

PEDRO. ¡Miserable! (Interponiéndose.)

JACOBO. Oh!

PEDRO. No me esperábais, eh? Los jorobados salimos en seguida de la cárcel! (Enriqueta, una vez libre, corre hácia Luisa y ambas se abrazan dando completa expansion á sus sentimientos.)

GEND. 1.° Seguidnos. (Á Jacobo y á La Frochard.)

FROCH. ¡Ya me las pagarás, infame!

DOCTOR. Pero ántes vais á pagarla en la horca, y el cobrar adelantado es siempre una ventaja. (Vánse La Frochard y Jacobo seguidos de los Gendarmes.)

ESCENA XII.

PEDRO, RAUL, el DOCTOR, ENRIQUETA, LUISA, DIANA.

ENRIQ. Luisa! ¡Abrázame! Soy yo! Tu Enriqueta, tu hermana!

PEDRO. (¡Su hermana!)

DOCTOR. ¡Ah tunantes! Me la han dejado en los huesos?

LUISA. Esa voz?...

DOCTOR. No mo conoceis? El doctor de ayer.

LUISA. Ah, sí, sí!

ENRIQ. Á él lo debemos todo.

DOCTOR. Á mí? Yo no me mezclo en nada! Lo debeis á este bravo muchacho, que, al probar su inocencia y al verse libre, tuvo la precaucion de traerse dos gendarmes, lo cual prueba que conocía á su familia.

PEDRO. Dispense usted, señor Doctor. Mi familia era honrada. Yo he vivido con ellos... porque me socorrieron cuando quedé huérfano.

DOCTOR. Bueno, hombre, si á mí no me importa!...

RAUL. Y vos, Diana, ¿no abrazais á...

DIANA. (Yendo á hacerlo y conteniéndose á costa de un violento esfuerzo.) Luégo! Dejadla ahora! Yo procuraré asegurar su porvenir.

DOCTOR. Conmigo no conteis para nada! Sólo me encargo de buscarle novio, pero sin mezclarme en ello.

LUISA. Y... si ya lo tuviera, señor Doctor?

DOCTOR. ¡Caracoles! Cómo ha aprovechado el tiempo! ¡Y ciega! ¡Pues si llega á tener vista...

LUISA. Por qué ocultarlo? Ni cabe en mi pecho la falsía, ni en la hora de mi ventura puedo ser ingrata. Durante estos dos meses de martirio, un sólo ser ha tenido piedad de la pobre ciega y le ha sacrificado su dicha, su alegría, su ventura. Siempre cariñoso, siempre tierno y constante ha fortalecido mi corazon, y ha rezado conmigo, uniendo á las mias sus lágrimas de dolor y de miseria: sin él hubiese muerto! Le debo la vida y el consuelo. Ese es mi novio, Doctor.

DOCTOR. Y dónde se halla! Es preciso verle.—Digo, á mí me tiene sin cuidado... Pero dónde está?

LUISA. Por ahí le siento suspirar... No es verdad, Pedro?

PEDRO. Yo... no... la...

TODOS. Pedro?

PEDRO. Eso no puede ser! Ya sois una señorita. ¡Ya no sois pobre como yo!

LUISA. Pero tu alma vale mucho más!

DOCTOR. (Falta le hace, porque lo que es lo demas está algo averiado.)

ENRIQ. Ante todo es preciso pensar en tu curacion.

DIANA. Doctor ¿hay esperanza?

DOCTOR. Quién sabe, señora! La ciencia es poderosa!

PEDRO. (Al Doctor.) Cómo? Recobrará la vista?

DOCTOR. (Á Pedro.) Imposible! No lo espereis jamás.

PEDRO. Entónces no tengo escrúpulos. Un jorobado y una ciega... El matrimonio no puede ser más igual.

ENRIQ. (Al público.)

De alegre ventura en pos
y siempre juntas las dos
gozaremos nueva vida.
Ya ves, mi Luisa querida,
cómo nos proteje Dios.

FIN.